La Ilustracion Artística

Año XXVII — Barcelona 1.° de junio de 1908 — Núm. 1.379

SALÓN DE LA SOCIEDAD DE ARTISTAS FRANCESES. PARÍS, 1908

Copyright 1908, by J. P. Laurens.

LOS TIRANOS, cuadro de Juan Pablo Laurens

(Publicación autorizada.)

Texto.—*De Barcelona. Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. – *Los infiernos de los literatos. Cuento*, por Zeda. – *Los Salones de París de 1903.* – *Londres. Exposición Franco-británica.* – *De Marruecos.* – *Sitial de la reina de los Juegos Florales.* – *Francisco Coppée.* – *Miscelánea.* – *Problema de ajedrez.* – *El heredero*, novela ilustrada (continuación). – *Carrera internacional de «voiturettes.» Copa «Catalunya.»* – *París. Monumento á Marat.* – Libros enviados á esta Redacción.

Grabados.—*Los tiranos*, cuadro de Juan Pablo Laurens. – Dibujo de Sardá que ilustra el cuento *El infierno de los literatos.* – *La mala noticia*, cuadro de Gustavo Bourgain. – *La cigarra*, cuadro de P. Carrier-Belleuse. – *Londres. Exposición Franco-británica. Una de las puertas de entrada del palacio de la Maquinaria.* – *Detalle de la fachada del palacio de Arte británico aplicado.* – Lámina compuesta por tres reproducciones fotográficas de las operaciones militares en Marruecos. – *Ante el mar inmenso*, tríptico de Enrique Royer. – *Astucia femenina*, cuadro de Julio Worms. – *Fraternidad*, tríptico de la señorita S. Daynes Grassot. – *Los dos hermanos*, cuadro de Enrique Brispot. – *Sitial de la reina de los Juegos Florales*, proyecto de D. José Puig y Cadafalch. – *Francisco Coppée.* – Diez grabados referentes á la carrera internacional de «voiturettes» celebrada en el Bajo Panadés (Barcelona). – *París. Monumento erigido á la memoria de Marat en el parque de las Buttes-Chaumont.*

DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

No existe rincón de España, en la actualidad, al cual no haya llegado la noticia ó cuando menos el nombre del Presupuesto de Cultura, aprobado por el Ayuntamiento de Barcelona, y donde no dé lugar á controversias apasionadas. La difusión y generalización de esta polémica, que ha llegado á las Cortes y obtenido atención preferente en la prensa no catalana, se debe mucho más al aspecto político y religioso originado por la ya famosa base 5.ª, que al interés que debiera despertar por sí misma una iniciativa municipal de tanta trascendencia.

La campaña de oposición sostenida contra dicha base 5.ª principalmente; la suspensión de ésta decretada por el alcalde Sr. Sanllehy, y el rótulo genérico de «Presupuesto de Cultura» adoptado por los periódicos en sus reseñas y artículos, han hecho formar á muchas personas, aun de Cataluña y de esta misma ciudad, una idea incompleta del sobado Presupuesto, del cual suele tratarse de oídas mejor que con conocimiento de causa.

***

Cosa de diez años, los que van desde Cavite y Santiago hasta la fecha, llevamos invertidos en proclamar constantemente la necesidad de una «revolución de cultura,» opuesta al antiguo método de revoluciones políticas, de pronunciamientos y de progreso abstracto y verbalista. Alemania celebra actualmente el centenario de su derrota material y de su humillación de Tilsit, como fecha inicial de su portentoso renacimiento. La misma Italia, primer teatro europeo de las hazañas napoleónicas y primer pasto de las ambiciones imperiales del soldado corso, salió de la guerra, del reparto y de la derrota con las ansias de la rehabilitación que la han llevado á realizar el secular ensueño de su unidad política. En casi todos los pueblos asolados hace un siglo por la tromba de los ejércitos de Bonaparte, obró la adversidad como estímulo y excitante supremo de sus energías, mejor para lo porvenir que para lo presente.

Tal es el caso de Prusia, que de la sima de la abyección se ha levantado, en menos de cien años, á la cumbre del poderío y la grandeza. No pudo ofrecer como España, al asombro del mundo, el espectáculo de un alzamiento nacional sin precedentes ni comparación posible en la época moderna. No ha legado á la historia ni un Bruch, ni un Bailén, ni unos sitios de Zaragoza y Gerona, ni un Albuera y los Arapiles. Pero á la larga, la humillación obró allí como un gran cáustico, como un revulsivo potente y heroico que despertó y agigantó la voluntad de todo un pueblo. Y ese pueblo se puso á forjar y labrar su «espada,» no en la forma tirteica é improvisada del canto marcial de Körner, sino en frío, laboriosamente y silenciosamente, en la escuela, en el gimnasio, en la biblioteca, en el taller, en el laboratorio, según la pauta iniciada por Fichte en sus imperecederos *Discursos*, y hasta producir esa *Germania Victrix* que es obra de integración y confluencia de todos los elementos y aptitudes, y cuyas glorias militares se apoyan sobre la base de un renacimiento económico, de una gran industria y de un glorioso florecimiento ideal y artístico. Así la obra de Bismarck y Moltke tiene su correspondencia y contrapeso en Hegel y Wágner, en Siemens y Kupp.

***

El esfuerzo de España en los terribles siete años de su guerra de Independencia, dejáronla en penoso agotamiento. Su triunfo actual consumió todas sus energías, y el haber salido victoriosa de su empeño no depositó en el alma de la raza aquel profundo y activo fermento de amargura que hace soñar á los vencidos en un ruidoso desquite. Al contrario: el optimismo y el énfasis fueron el tono general de la oratoria y la poesía españolas en los dos primeros tercios del siglo pasado.

Fué necesario el tremendo porrazo de 1898 para traernos al conocimiento de la realidad. Aquel momento pudo representar para nosotros algo parecido al momento de Tilsit para los alemanes, y convertirse en motivo y punto inicial de una rápida transformación. Entonces y por unos meses se vió claro. Entonces estuvo á punto de nacer un espíritu público verdaderamente digno de este nombre. Un gran movimiento de contrición se apoderó de las conciencias; y los doctrinarios y sectaristas más impenitentes hubieron de reconocer que la obra política del siglo XIX había resultado estéril, que habíamos hecho *fausse route*, que lo habíamos esperado todo de la revolución verbal y abstracta, abandonando la revolución cultural y substantiva, á la cual era preciso que nos convirtiéramos con todo el ardor de un elevado patriotismo.

Por desgracia, este momento de la conciencia nacional, que queda fijado en una copiosa literatura reformista, la literatura de 1898 á 1902, fué harto pasajero. Y una franca reincidencia después de una breve vacilación, un nuevo frenesí teorizante y palabrero, un nuevo enamorarse de los grandes tópicos sacrificando á ellos las cosas concretas y reales, han sucedido á los síntomas de enmienda radical y de rectificación prudente y generosa.

***

Y sin embargo, Cataluña, la gran parte de Cataluña que se preocupa y mueve por este problema, piensa ahora como pensaba toda España hace diez años. Es tenaz en sus determinaciones, más constante en sus propósitos que otros grupos de la península; y de esta constancia y tenacidad nacen á menudo discrepancias y conflictos de opinión que llegan á tomar carácter peligroso ó cuando menos molesto. Aquí continúa deseándose y queriéndose lo que se quería en 1898; es un pleito que no se considera sobreseído ni archivado, y aun puede decirse que en la aspiración general á la autonomía que aquí palpita, entra como parte grandísima y principal la aspiración de cultura, considerando á aquélla como instrumento ó medio para la otra.

No hay quien no se halle convencido de la necesidad de ese gran esfuerzo para la preparación de la «planta hombre» en términos que pueda sostener victoriosamente la lucha intelectual, política y económica de los nuevos tiempos y salvar el atraso con que hemos debido presentarnos, por causas históricas muy complejas, en el palenque de la civilización. De aquí ese conjunto de iniciativas que, aun antes del Presupuesto de Cultura, y con acierto unas veces, otras con apresurada improvisación, pero siempre con entusiasmo, han tratado de suplir deficiencias de la organización oficial y abrir cauce á un sin fin de actividades y anhelos que no encontraban sitio ni holgura para discurrir en los organismos existentes.

***

Así en lo que afecta á la cultura superior y á los altos estudios, ha debido observarse cómo, incluso en una nación tan centralizada y uniforme como Francia, la Universidad, la Biblioteca y el Museo se *territorializan*, se convierten en focos de estudio de la especialidad comarcal y en depósitos y arsenales presididos por el *genius loci*. Y no sólo agotan sus temas, sino que invaden los de las regiones extranjeras más próximas; y gracias al instrumental perfecto que poseen y á la incesante reunión de documentos, códices, antigüedades y materiales de toda especie con que devastan y empobrecen de continuo nuestro patrimonio, estudian nuestros asuntos antes que nosotros, si con más perfección técnica algunas veces, casi siempre con menos cariño y piadosa veneración.

Basta pasar los ojos por los anales y revistas de aquellos centros del Sur de Francia, para comprender cómo en Tolosa, en Montpellier, en Marsella y en el mismo París se monopolizan grandes ramas de filología, arqueología, historia literaria y prehistoria, cuyo dominio debiéramos reivindicar, y cómo tantas publicaciones occitánicas se alimentan de nuestros despojos, desde la *Revue hispanique*, hasta el *Bulletin hispanique*, órgano de la facultad de Letras de Tolosa.

Lo que acontece en esta parte de los conocimientos humanos, acontece en casi todas las otras. De este modo el Ayuntamiento creó la Junta autónoma de Museos, destinada á dirigir el de arte y reproducciones y á contrarrestar la emigración de cuadros, pinturas, estatuas y demás testimonios de nuestras antiguas civilizaciones y escuelas. De esta manera se creó también la Junta autónoma de Ciencias naturales, que tiene á su cargo los otros museos de esta índole, para organizar los elementos de estudio que dicen relación con la botánica, la mineralogía, la zoología, etc. El Observatorio Fabra nació de una fundación particular. Los Estudios Universitarios fueron también una iniciativa privada á fin de completar con las especialidades del territorio los conocimientos que se enseñan en las distintas facultades por patrón general. El Instituto de Estudios Catalanes, recientemente creado por la Diputación de Barcelona, es otro organismo dedicado á la investigación de la historia, literatura, derecho y arqueología, y á la publicación de textos y colecciones documentales pertenecientes á aquellas disciplinas.

La Universidad industrial es otra iniciativa barcelonesa de carácter mixto, destinada á hacer efectivas las enseñanzas técnicas y darles carácter realista y práctico, con el predominio constante del taller, el laboratorio, el mapa y la manipulación de substancias, sobre el cotorreo y recitación memorista de costumbre.

Para casi todas estas fundaciones tiene una distribución de gran importancia el Presupuesto de Cultura, señalándose especialmente la de 500.000 pesetas, concedida á instancias del Instituto de Estudios Catalanes con objeto de crear la Biblioteca Nacional de Barcelona, y habiéndose anticipado la Diputación en destinar otras 100.000 pesetas, que sirvieron para adquirir la colección de códices y libros de D. Mariano Aguiló. Museos, bibliotecas, universidad industrial, laboratorio, han de constituirse en centros de atracción de los tesoros del pasado que ahora se dispersan y huyen, y han de imprimir un vigoroso impulso á la investigación, en todas sus formas y tendencias, completado todo ello con el sistema de pensiones y misiones científicas al extranjero que están en curso ó se estudian y preparan actualmente.

***

Sobre toda esta parte del Presupuesto, puede decirse que no ha habido cuestión, ni ha merecido impugnación alguna, pues no deben contarse como tales los gritos aislados del residuo de analfabetos con título que se mofan de todo esfuerzo en pro del progreso intelectual. El conflicto lo ha motivado la creación de los cuatro grupos escolares, por el sistema gradual, á fin de dar una base á la reforma pedagógica empezando por la instrucción primaria; y puede decirse que se concreta á la base ó punto suspendido por el alcalde Sr. Sanllehy: el que establecía la neutralidad de dichas escuelas en materia religiosa, consignando que una tarde por semana se dedicaría á la enseñanza religiosa de los alumnos que voluntariamente quisieran asistir á ella. De la controversia que esto originó, de los grandes vuelos que ha tomado y del estado actual de la cuestión apenas es necesario informar á los lectores.

Ello envuelve ahora un problema religioso y político, muy arduo ciertamente y muy vidrioso, como que afecta á uno de los sentimientos más delicados y susceptibles del alma humana. Pero la polvareda que se ha formado en torno de ese punto concreto y en cierta manera aislado, impide ver las grandes líneas de la proyectada construcción y apreciar en todo lo que significa el primer esfuerzo serio que se intenta en España para poner por obra lo que hace diez años fué declarado de necesidad urgente y que el Sr. Alba condensaba, á manera de terrible dilema, en las siguientes palabras: «O regeneración ó intervención.»

Miguel S. Oliver.

EL INFIERNO DE LOS LITERATOS. Cuento, por Zeda

Cogióla maquinalmente el crítico y leyó con asombro: «Filibertigibeto, Comisario Regio de la Sección Literaria del Infierno.»

Dado á todos los demonios—que es el mejor estado de conciencia para hacer una visita al Infierno—salió cierta noche del teatro el «eminente» crítico—ahora todos somos eminentes—D. Hermógenes de la Palmeta.

Y motivos sobrados tenía el buen señor para sulfurarse y renegar de los autores, de los cómicos y de la empresa. La comedia que D. Hermógenes había estado padeciendo durante tres horas mortales era un tejido de despropósitos disueltos en enrevesada prosa salpicada de solecismos y ejecutada por actrices de lengua de trapo y cómicos manoteadores y gritones.

Salía, como digo, el Sr. Palmeta del teatro echando chispas, cuando al poner el pie en la calle le atajó el paso, envuelto de pies á cabeza en un magnífico gabán de pieles, un distinguido caballero.

—¿Adónde va el ilustre maestro?, preguntó con cierto dejo de ironía el señor del gabán.

Miró D. Hermógenes de través al importuno y respondió con mal modo:

—¡Voy al Infierno!

—Que me place, replicó el otro. Hacia allá voy también.

—¡Ea!, déjeme usted en paz... ¡Para bromitas está el tiempo!..

—No bromeo, afirmó gravemente el desconocido caballero engabanado. Y en prueba de ello, ahí va mi tarjeta.

Cogióla maquinalmente el crítico y leyó con asombro, en letras que azuleaban como si hubieran sido trazadas con fósforo, las siguientes palabras: «Filibertigibeto, Comisario Regio de la Sección Literaria del Infierno.»

—¿De modo que usted es?..

—El activo Filibertigibeto que viste y calza. Si usted ha leído con algún detenimiento los dramas de Shakespeare, lo que no es del todo imposible siendo usted, como es, un crítico eminente, sabrá que yo salgo al dar las oraciones de mi oficina infernal y estoy vagando por los campos ó las ciudades hasta que suena el primer canto del gallo.

—Sí..., tengo idea... Pero, la verdad, yo creía que los funcionarios del Infierno...

—Lo comprendo. . Usted, siguió con su tonillo burlón Filibertigibeto, echa de menos un buen par de cuernos en mi frente y un largo apéndice caudal en mi rabadilla... Todo eso pertenece ya á la Historia, á *los cachivaches de antaño* que catalogó el olvidado satírico Roberto Robert. Nosotros, en efecto, allá, en tiempos del rey que rabió, ostentábamos con gentileza y gallardía nuestro correspondiente rabo, ni más ni menos que ustedes los hombres cuando eran monos, según lo ha demostrado Darwin, á quien tenemos el honor de contar entre nuestros huéspedes... Los cuernos son adorno que tampoco se lleva ya en el Infierno... Y ahora, amigo mío, ¿quiere usted aceptar mi invitación?.. He aquí mi automóvil.

Vaciló un poco D. Hermógenes; mas después de breves instantes, exclamó decidido, como en caso semejante el propio Alighieri:

Tu duca, tu signore e tu maestro.

Y sin hablar más palabra, subieron al auto el señor Palmeta y su acompañante. El *chauffeur*, cuyos ojos debajo de su máscara brillaban como gusanos de luz, hizo funcionar el «artilugio;» y D. Hermógenes, lo mismo que alma que lleva el diablo, sintióse arrastrado al través de las sombras de la noche con una velocidad de no sé cuántos kilómetros por minuto.

Al partir el automóvil sonó allá á lo lejos el canto del gallo.

* * *

Poco duró la vertiginosa caminata. Vibraban aún en el espacio los ecos de la «trompeta de la mañana,» cuando el vehículo se detuvo delante de la puertecilla de un altísimo torreón.

Mientras que se franqueaba la entrada á los viajeros, D. Hermógenes dirigió una mirada al inmenso edificio que se extendía en medio de árida llanura. Aquello parecía una fábrica enorme..., tan enorme como dos ó tres centenares de Londres juntos.

—No hay ciudad tan populosa en el mundo, dijo con orgullo Filibertigibeto, como esta famosísima ciudad.

El resplandor rojizo que se escapaba de un bosque inacabable de altísimas chimeneas permitió al señor de Palmeta enterarse de los contornos fantásticos de la dilatadísima urbe.

El cortés diablo, extendiendo su enguantada mano hacia las chimeneas, por cuyas bocas envueltas en humo salían penachos de chispas, dijo con acento irónicamente amable:

—Son los altos hornos, cuya lumbre se mantiene con almas de condenados. A cada paletada de ellas se producen en el aire esos hermosos árboles de fuego.

—¿Y no falta nunca combustible?

Sonrióse Filibertigibeto.

—Mire usted hacia aquel lado. ¿No ve usted una procesión interminable que va lenta, pero continuamente, penetrando en la ciudad?.. Pues ese es el combustible que ustedes nos proporcionan en las inagotables minas del pecado. Se acabarán, siguió con tono declamatorio el diablo, los yacimientos de hulla que ahora alimentan vuestras fábricas; no quedará ni una astilla de la madera de vuestros bosques; se pudrirán inservibles é inertes por falta de carbón, en arsenales y puertos, los formidables acorazados y los gigantescos transatlánticos; se desharán corroídas por el orín en los terraplenes abandonados de los caminos de hierro las locomotoras, y cesará el resollar de los motores de vapor en los talleres... Todo eso acontecerá algún día; pero el fuego cuyos rojizos resplandores nos iluminan en este instante, ¡no se apagará nunca!..

Mientras Filibertigibeto pronunciaba su discurso, D. Hermógenes seguía contemplando el desfile de la ininterrumpida procesión. Formábanla gentes de toda condición y clase y de los más diversos países: próceres y braceros; mujeres hermosas y elegantes y mujerzuelas de aspecto cínico; soldados rasos y generales; jueces y alguaciles; banqueros y mercachifles, y no faltaban, destacándose entre la abigarrada muchedumbre, puntiagudas mitras, rojos capelos y hasta coronas reales. El Sr. Palmeta, viendo cómo la ciudad

infernal se tragaba á toda aquella tropa, repetía por lo bajo:

A la danza mortal venit los nasçidos
que en el mundo soes de cualquier estado...

***

Se abrió la puertecilla, y D. Hermógenes y su acompañante, después de recorrer largo corredor, subieron una escalera y entraron en una oficina en donde varios empleados escribían en voluminosos librotes.

Despojóse Filibertigibeto de su gabán de pieles, quedando en elegante traje de etiqueta; llamó á un diablo galoneado que llevaba pendiente de la cintura un gran manojo de llaves; habló con él algunas palabras, y volviéndose hacia D. Hermógenes le dijo galantemente:

—Cuando usted guste.

Abrió el del llavero una puerta ferrada, y entraron los tres en una larguísima galería semejante á las de la Cárcel Modelo. Infinidad de puertas comunicaban con otras tantas celdas.

—Esta es, dijo Filibertigibeto, la galería de los poetas; los tenemos aislados unos de otros, porque son tan irritables que si estuvieran juntos acabarían por despedazarse... Puede usted mirar por el ventanillo que tiene cada celda...

Asomóse á una D. Hermógenes y quedó espantado.

En el centro de la celda había un hombre de largas melenas, rodeado de instrumentos de tortura. ¡Y qué instrumentos! Fonógrafos que no cesaban nunca de gritar en los oídos del condenado versos desiguales, rechinantes, largos, cortos, vacíos de sentido, zumbadores..., horribles. El melenudo se tapaba las orejas con sus puños, corría de una parte á otra, daba aullidos para ahogar la voz de los fonógrafos... Todo en vano: el ritmo vago, las frases opalinas y liliales, las imágenes glaucas, todo aquello con que él había atormentado á los humanos durante su efímera existencia, chillaba, chirriaba, trepidaba, crujia, *alarideaba* (vocablo del poeta) en torno de él, sin intermitencias, sin descanso ¡Y así una hora y otra y días y años!.. ¡Por toda una eternidad!

D. Hermógenes estuvo á punto de desmayarse.

—Asómese si quiere á otra mirilla, le dijo Filibertigibeto.

—¡No!, gritó el Sr. Palmeta. Es este un espectáculo demasiado horrible...

—Pasemos, dijo el diablo, al salón de los prosistas.

Allí estaba cada cual á lo suyo. Ante un montón de inmundicias, un escritor naturalista se fatigaba revolviendo podredumbre para amasar con ella sus libracos repugnantes; un estilista escribía y rompía cuartillas sin dar nunca con la frase meliflua, con el epíteto significativo, con el vocablo de color ó de olor con que trataba en vano de sugerir tal ó cual sensación. Y el hombre se mordía las uñas hasta hacerse sangre, se tiraba de los pelos, se levantaba, volvía á sentarse, arrojaba la pluma y la cogía de nuevo. D. Hermógenes pensó: «Y hablan del tormento de las Danaides...»

En un rincón, un erudito examinaba polvorientos pergaminos, códices, crónicas; compulsaba fechas, consultaba árboles genealógicos, y entontecido á causa de aquel trabajo, acababa por llenar sus amazacotados párrafos de anacronismos estupendos... Unas cuantas mujeres se desecaban más allá, nerviosas, febriles, aguijoneadas por la vanidad, estrujando sus cerebros como limones de escaso jugo sobre las devoradoras cuartillas. Allí uno se llevaba con manos temblorosas á los labios grandes vasos de ajenjo; acullá otro se envasaba hondas tazas de café; éste se inyectaba dosis tremendas de morfina; aquél chupaba desesperado una pipa venenosa, buscando todos excitaciones malsanas que substituyesen á una inspiración que ó no habían sentido nunca ó no podían ya volver á sentir.

Aterrorizado salió D. Hermógenes de aquella cámara de inenarrables tormentos. Filibertigibeto le siguió sonriente.

—Aún hay más que ver...

—¡Basta ya!, replicó el crítico.

—¿No quiere usted ver el departamento de sus colegas?

—¿Qué colegas?

—Los revisteros de teatros.

Vaciló un tanto D. Hermógenes; pero cediendo después á un invencible movimiento de curiosidad, dijo resueltamente:

—¡Vamos!

***

Al cabo de unos cuantos minutos de marcha, entraron en un callejón de forma aproximadamente circular, en uno de cuyos muros había de trecho en trecho varias puertas numeradas.

Abrió una de ellas el hombre del llavero, y D. Hermógenes y su acompañante se encontraron en el palco de un teatro. Una multitud de condenados á comedia perpetua llenaba la sala.

—Sentémonos, dijo Filibertigibeto.

Estaba levantado el telón, y en el tablado unos cuantos cómicos gritaban desesperadamente, gesticulaban de un modo horrendo, fingían odios, llantos, amores, plagado todo ello de frases tan rimbombantes como vacías, de chistes sin gracia, de hipos y latiguillos.

El diablo, inclinándose al oído de su ilustre compañero, le explicó:

—Este asiento que usted ocupa es el que le está reservado para cuando tengamos el gusto de contarle entre nuestros pupilos. Como clavado en esa silla permanecerá usted millares de millares de años, viendo con muy ligeras variantes una misma comedia, oyendo los mismos gritos, padeciendo los mismos chistes, escuchando á los mismos cómicos...

—Igual que en la tierra, dijo entre dientes don Hermógenes.

—Y caerá el telón y volverá á levantarse, y usted, en justo castigo á sus críticas, continuará ahí aburrido descuajaringándose á fuerza de bostezos, como lo están esos condenados que llenan la sala.

—Y todo eso me espera...

—Tal como he tenido el honor de anunciárselo.

—¿Y no hay remedio?

—Lo dudo.

—¡Oh! Sí le hay, gritó D. Hermógenes.

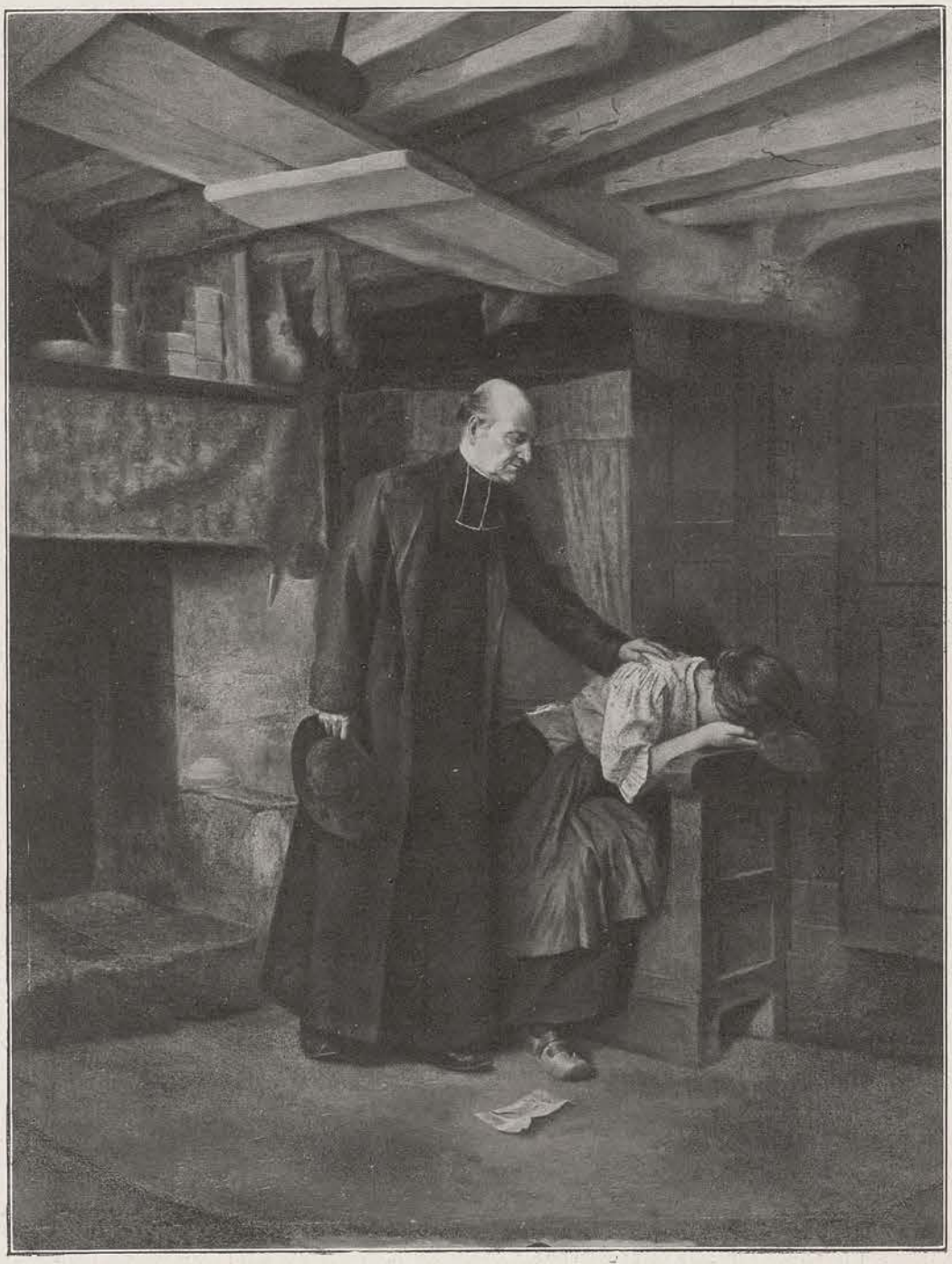
un punto de contrición
da á un hombre la salvación!..

Yo prometo en lo que me quede de vida no volver al teatro, ni oir hablar de comedias, ni poner pluma en papel... Huiré al desierto, viviré en una gruta, me mantendré de raíces..., todo, todo, antes que padecer este tormento.

Y delirante, ciego de terror, salió el crítico, dando trompicones, del Infierno...

***

Según noticias que tengo por fidedignas, don Hermógenes de la Palmeta dejó el escalpelo y se fué á una cartuja, en donde vive entregado á la oración y á la penitencia.



La mala noticia, cuadro de Gustavo Bourgain. (Publicación autorizada.)
(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1908.)

(Dibujo de Sardá.)

LOS SALONES DE PARÍS DE 1908

En el presente número comenzamos la publicación, que continuaremos en los sucesivos, de los cuadros que más han llamado la atención en los actuales Salones de París.

Los tiranos es una composición de carácter marcadamente decorativo, pero que en el fondo encierra un pensamiento trascendental; es al mismo tiempo una brillante nota de color. *La mala noticia* tiene gran valor dramático; el dolor y la piedad hállanse expresados en ese lienzo con gran acierto. *La cigarra* es un cuadro lleno de poesía y de ejecución perfecta; su autor ha encontrado una forma nueva y bellísima para una idea por otros muchos tratada. *Ante el mar* nos ofrece una visión sentida y grandiosa de la costa y de las gentes de Bretaña. En *Astucia femenina* júntanse todos los encantos de las pintorescas costumbres de Andalucía. *Fraternidad* inspírase en un ideal levantado que la artista ha sabido exteriorizar de una manera emocionante. *Los dos hermanos* pertenece á un género un tanto anticuado, circunstancia que se halla compensada por grandes bellezas de dibujo y de color.

LA CIGARRA, cuadro de P. Carrier-Belleuse.

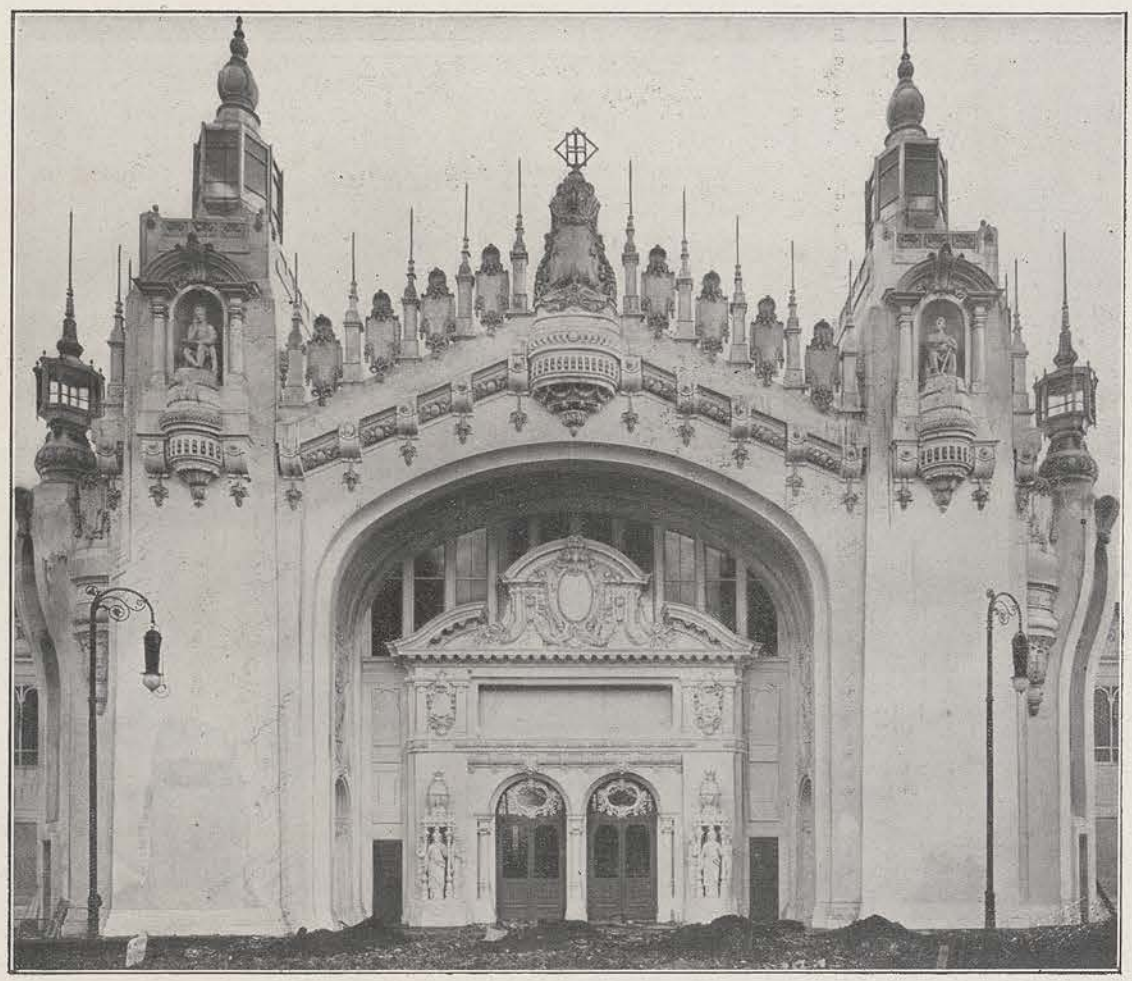
(Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París, 1908.) (Publicación autorizada.)

LONDRES

EXPOSICIÓN FRANCO-BRITÁNICA

En el número último nos ocupamos de esa notabilísima Exposición y reprodujimos los principales edificios de la misma. Las vistas que entonces publicamos dan perfecta idea de la grandiosidad y belleza de aquellos palacios y pabellones y demuestran además que quienes los han proyectado y dirigido se han preocupado, no sólo de hacer obras grandes, sino también obras artísticas.

Esta circunstancia se advierte más especialmente en los grabados de esta página, en los cuales, así en la puerta de entrada del palacio de la Maquinaria, como en la fachada del palacio de Arte británico aplicado, que son indudablemente los pabellones más hermosos de la Exposición Franco-británica, pueden apreciarse pormenores arquitectónicos y escultóricos de hermoso estilo que no suelen verse generalmente en construcciones de esa índole, llamadas á tener vida efímera y hechas, por consiguiente, con la falta de solidez y de arte que suele caracterizar todo lo provisional.

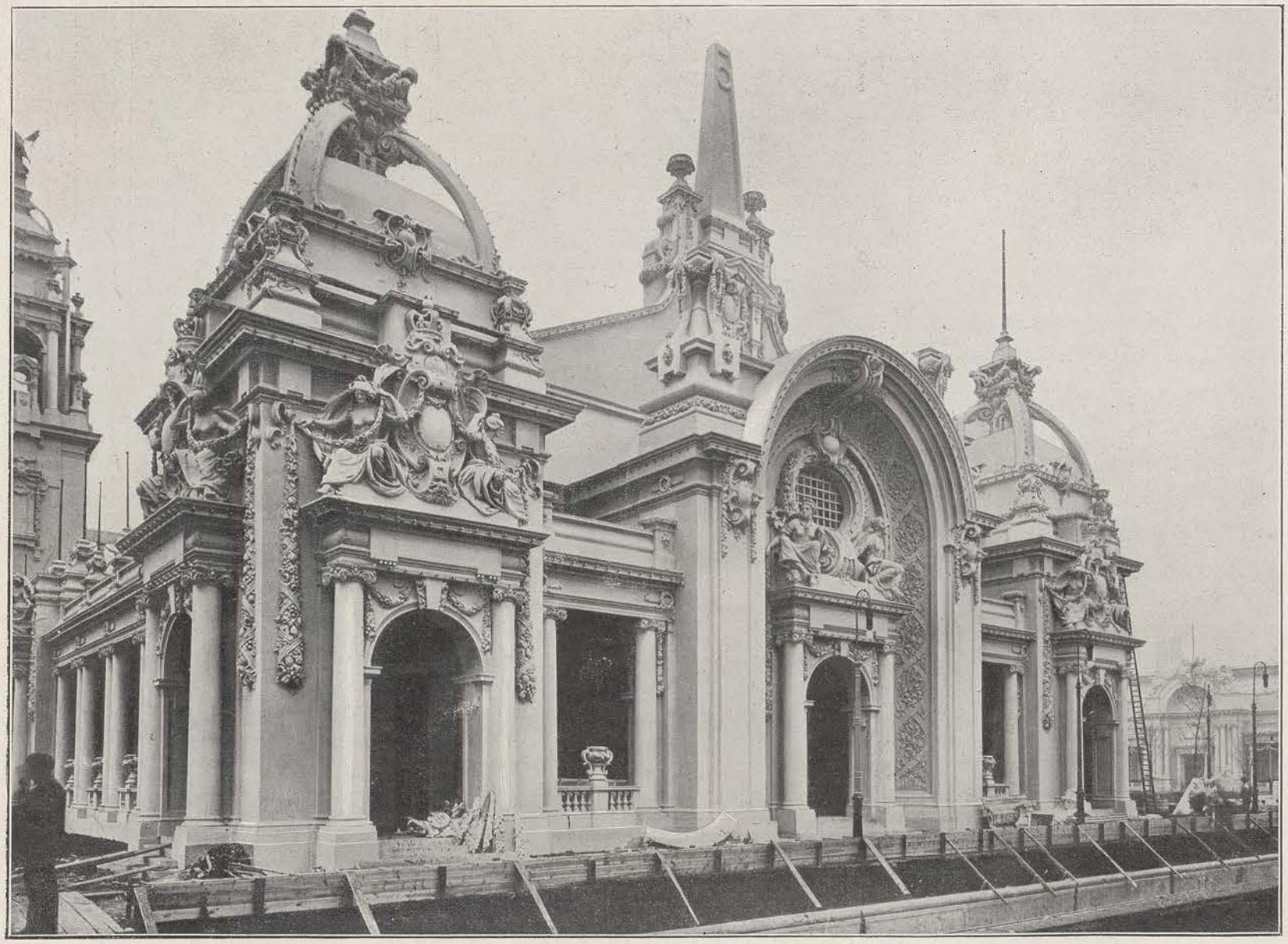


Londres.—Exposición Franco-británica.—Una de las puertas de entrada del palacio de la Maquinaria. (De fotografía de World's Graphic Press.)

DE MARRUECOS

Dos combates de cierta importancia han trabado en la frontera oranesa las tropas del general Vigy; el primero desfavorable y el segundo favorable á los franceses. El día 12 fueron éstos sorprendidos por los marroquíes en Beni Uzián, y el encuentro debió ser sangriento, por cuanto los franceses tuvieron trece muertos y sesenta y cinco heridos. El día 14, después de un fuego realizado por la artillería contra el palmar de Bu Denib y que desalojó á los grupos más importantes de marroquíes que allí se habían puesto, fué atacado dicho palmar por las tropas francesas y tomado después de dos horas de combate. La columna francesa tuvo tres muertos y nueve heridos.

Habiéndose ya realizado el plan que las tropas francesas se proponían al Sur de Zettat, el gobierno de la República ha decidido en principio la evacuación del territorio de Chauia, y que queden solamente los efectivos precisos para mantener la seguridad en los puestos provisionales.—R.

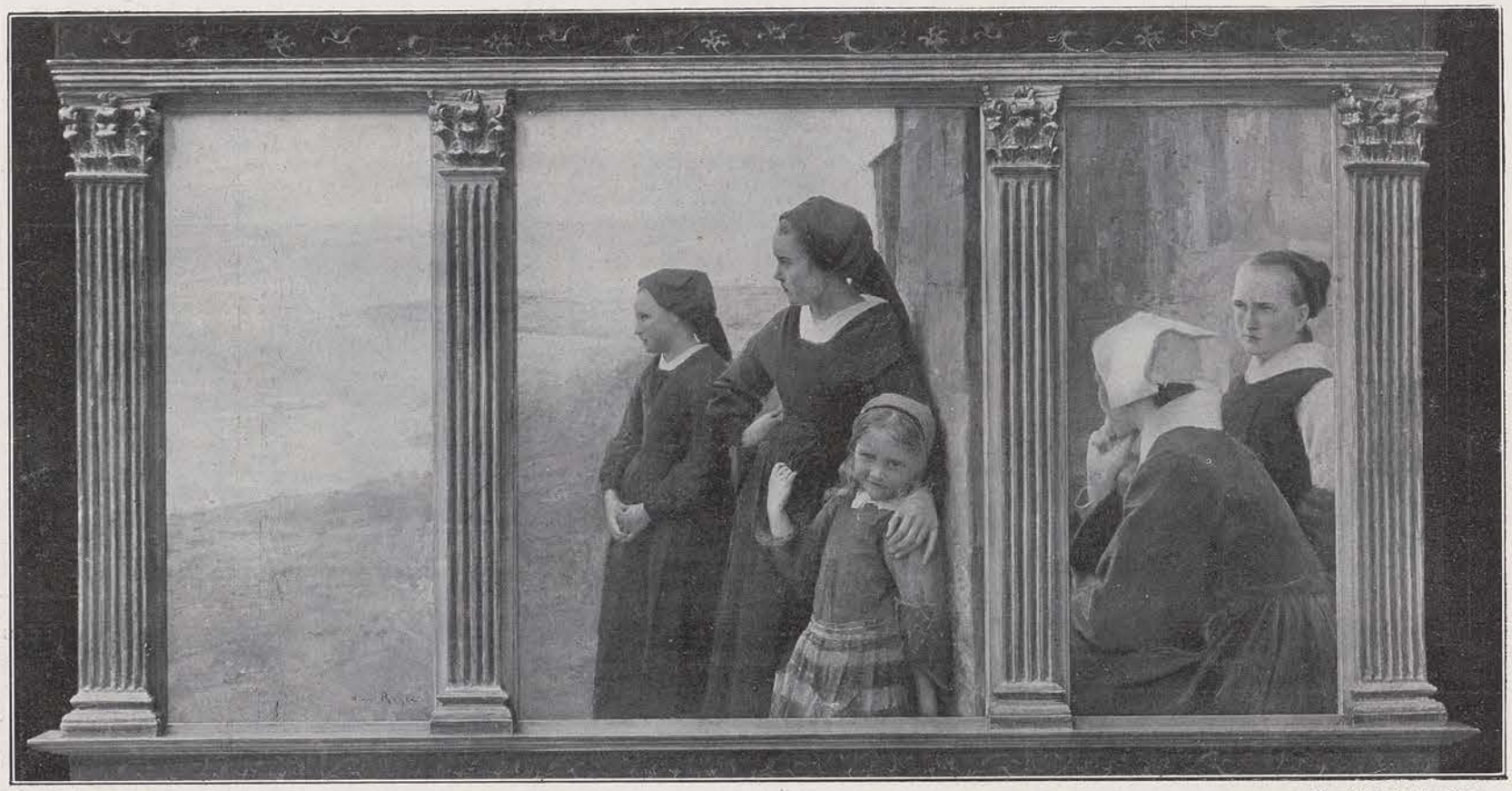


Londres.—Exposición Franco-británica. Detalle de la fachada del palacio de Arte británico aplicado
(De fotografía de World's Graphic Press.)

Algunos caides marroquíes marchando al encuentro del general d'Amade con objeto de solicitar de él la suspensión de hostilidades
(De fotografía de M. Branger.)

Algunos caides marroquíes reunidos en los alrededores de una población esperan la llegada del general d'Amade con objeto de someterse á él. (De fotografía de M. Branger.)

Convoy del ejército francés dirigiéndose al campamento del general d'Amade para reincorporarse á su brigada
(De fotografía de M. Branger.)



Copyright 1908, by Royer

Ante el mar inmenso, tríptico de Enrique Royer. (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1908.) (Publicación autorizada.)

Astucia femenina, cuadro de Julio Worms. (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1908.) (Publicación autorizada.)

Fraternidad, tríptico de la señorita S. Daynes-Grassot. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París, 1908.) (Publicación autorizada.)

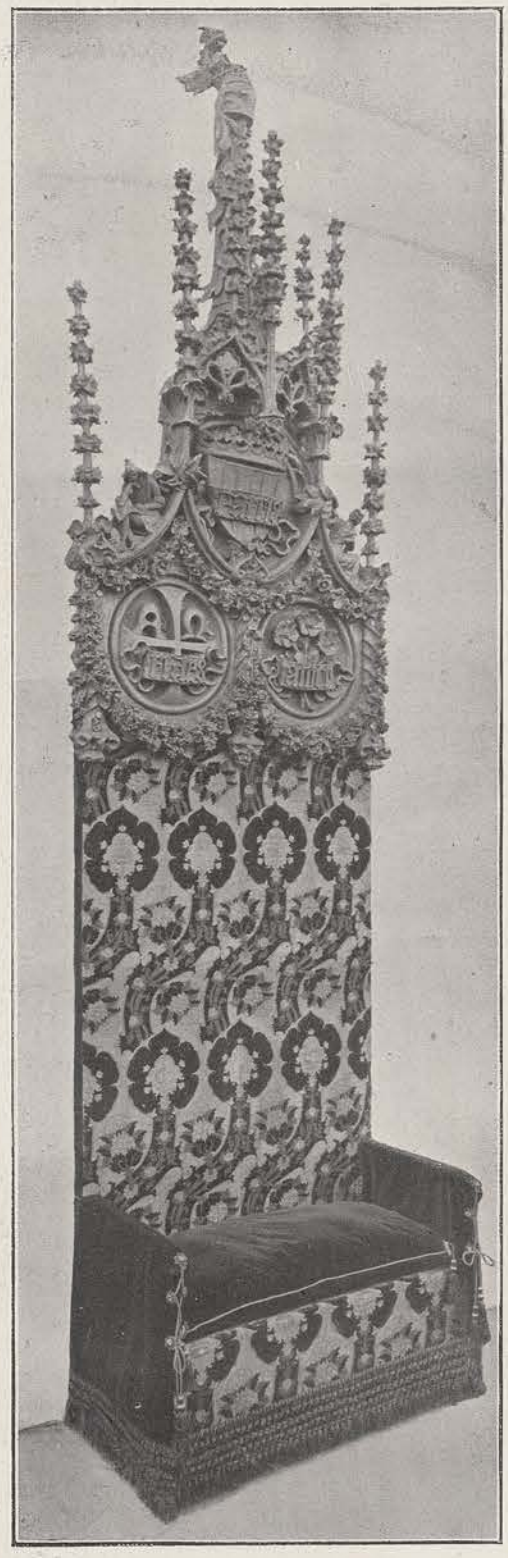
Copyright 1908, by Brispot.

Los dos hermanos, cuadro de Enrique Brispot. (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1908.) (Publicación autorizada.)

SITIAL DE LA REINA DE LOS JUEGOS FLORALES

PROYECTO DE D. JOSÉ PUIG Y CADAFALCH

Cual todas las instituciones que encarnan el espíritu de un pueblo, la de los Juegos Florales perdura y cada vez inspira mayores simpatías y produce más entusiasmo en todos cuantos aman las tradiciones y las gestas de nuestro país. Los Juegos Florales evocan el recuerdo de pasadas glorias y atestiguan la cultura de un pueblo que por medio de poéticos certámenes ha conservado su literatura. Muestra de todo ello es el respeto



Sitial de la Reina de los Juegos Florales,
proyecto de D. José Puig y Cadafalch,
fundido en bronce por los Sres. Ballarin y C.ª

y el cariño que merecen las fiestas anuales de la *Gaya ciencia*. De ahí que como manifestación del deseo de perpetuarlas, hayan costeado las ilustres damas que presidieron los certámenes celebrados en los años anteriores el suntuoso y artístico sitial de bronce que, colocado en el simbólico trono, ha ocupado la bella señorita elegida como Reina de los Juegos Florales de este año.

El alto respaldo del referido sitial, proyectado por el erudito arquitecto D. José Puig y Cadafalch, contiene tres hermosos medallones, en los cuales, por medio de alegóricas representaciones, se reproducen los conocidos lemas *Patria*, *Fides*, *Amor*, en los cuales han de inspirarse aquellos que concurren á las poéticas lides, terminando en elegantes pináculos, recordando el período en que tuvo lugar la fundación de los Juegos Florales, allá, en aquella tierra provenzal, considerada como hermana de Cataluña.

El autor del proyecto ha tenido inteligentes intérpretes en los escultores Sres. Arnau, Llacer y Juyol, así como en los Sres. Ballarin y C.ª, en cuyos talleres se ha ejecutado el sitial, por medio del procedimiento de la cera perdida, al que ha servido de elemento de embellecimiento la rica estopa tejida por los Sres. Malvehy, resultando una obra bellísima, que atestigua la importancia que en nuestra ciudad han alcanzado as artes suntuarias.

FRANCISCO COPPÉE

El día 23 de mayo murió en París, en su casa de la calle de Oudinot, como un grande hombre y como un cristiano, el ilustre poeta francés cuyo corazón estuvo siempre al lado de los desgraciados: su experiencia, talento y pluma sirvieron á la causa de los poetas jóvenes, dándoles consejos, alentándoles para proseguir en la lucha por la gloria, poniendo prólogos á sus obras y alegrándose con sus triunfos.

Francisco Coppée nació en 1842 en París, de una familia modesta. Tuvo que dejar los estudios que seguía, por su poca salud y también por los escasos recursos de su casa, y para ayudar á los gastos, entró en las oficinas del Ministerio de la Guerra, en las que estaba colocado su padre. El *Parnaso contemporáneo*, cuya publicación (1866) dió nuevo impulso á la lírica francesa, insertó algunas poesías suyas, que fueron muy elogiadas por las personas de buen gusto, y aquel mismo año publicó *El Relicario*, libro de versos, al que siguió el titulado *Intimidades* (1868). En 1867 había obtenido el premio ofrecido por el gobierno á un himno á la paz con motivo de la Exposición Universal.

A invitación de la actriz Mlle. Agar, que había declamado con éxito algunas poesías suyas, compuso Coppée una pieza dramática en un acto, sencilla y delicadísima, *El caminante*, y gustó tanto al público (14 de enero de 1869), que al día siguiente su autor era para toda Francia altísimo poeta.

Desde entonces fué de triunfo en triunfo en la poesía lírica y en la dramática. Epico grandioso en sus *Relatos* y en sus *Elegías*, fué aún más admirable en sus versos íntimos, que llegan hasta el fondo del alma del lector, y en lo que constituía la originalidad de Coppée, en la expresión de los sentimientos, los placeres y los dolores de los seres obscuros y desgraciados. Creó en este género un arte nuevo y sorprendente. En la dramática, fué poeta sobre todo: de él se ha dicho que su gran obra había sido reconciliar la poesía con la realidad y el teatro con el ideal.

Las obras completas de Coppée, publicadas por A. Lemerre, comprenden cinco tomos de poesías con este contenido: tomo I (1864-1869), *El Relicario*, *Poemas diversos*, *Intimidades*, *Poemas modernos*, *La huelga de los herreros;* tomo II (1869-1874), *Los humildes*, *Escrito durante el sitio*, *No más sangre*, *Paseos é interiores*, *El cuaderno rojo;* tomo III (1874-1878), *Olivo*, *Relatos y Elegías;* tomo IV (1878-1886), *Cuentos en verso* y *Poesías varias;* tomo V (1886-1890), *Otoño*, *Las palabras sinceras*. Las obras dramáticas forman otros cinco volúmenes: entre las más aplaudidas figuran *El caminante*, *El guitarrero de Cremona*, *Severo Torrelli*, *Dos dolores*, *La abandonada*, *Madama de Maintenón*, *Los Jacobitas*. Escribió también cuatro tomos de cuentos y relatos en prosa, que son verdaderas filigranas de estilo, exquisitos en la forma, tiernos y consoladores en el fondo. Cuadros de los humildes, de los trabajadores, de los desheredados, de los limpios de corazón, Coppée hizo para ellos obra de aliento y de amor. Uno de los más leídos es *Un idilio durante el sitio*.

D. Teodoro Llorente, en su magnífica antología *Poetas franceses del siglo* XIX, publicada por esta casa editorial, ha dado á conocer, bellamente traducidas al castellano, las siguientes poesías de Coppée: *Los ojos de la mujer*, *Adagio*, *A una moneda de oro*, *Limosna de Nochebuena*, *Los dos sepulcros*, *Los meses*, *Flores impuras*, *Recuerdo de Dinamarca*, *Madre y nodriza*, *Vicente de Paúl*, *El hombre anuncio*, *La amazona*, *En la playa*, *La desterrada*, *Ultima llama*, *¡Supersticiones!*, *Toma de velo*, *En el museo del Louvre*, *Brindis campestre*, *Para no envejecer*, *Al paso del tren*, *Afán de gloria* y otras.

Francisco Coppée era académico, y más y mejor que todo esto, era un alma noble y un corazón bueno. Vivía con una hermana por la que sentía adoración y de la que no se separó nunca. Su muerte, acaecida hace poco tiempo, precipitó la del gran poeta. «Sin ella no podré vivir,» dijo Coppée al separarse del cuerpo de su hermana. Y poco tiempo ha podido sobrevivirla.

Como Haynd, el autor de *Los humildes* era muy aficionado á los gatos, sus compañeros de soledad en la casa de la calle de Oudinot, y á los que iban á visitarle, tanto como de obras literarias ó de los versos publicados ó por publicar, les hablaba de las gracias y de las muestras de lealtad de los felinos, que ronroneaban mientras tanto sobre las rodillas del poeta.

He aquí las disposiciones testamentarias del ilustre escritor francés:

«Tengo firme empeño en que mi entierro y funerales sean sencillísimos. Nada de esquelas á domicilio, ni flores y coronas. La reunión en la iglesia y nada de discursos bajo ningún pretexto. Sólo acepto las honras militares que me corresponden por mi grado en la Legión de Honor, en razón de mi respeto á la bandera, y también acepto que me acompañe á la última morada una delegación de la Academia Francesa, en recuerdo de las horas encantadoras que he pasado en su seno.»

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — BARCELONA. – *Salón Parés*. – Enrique Simonet ha expuesto recientemente un gran lienzo de pintura religiosa, destinado á decorar el plafón de la capilla del Palacio de Justicia, y que representa á Jesús predicando el Evangelio.

***

LONDRES. – En la subasta de la galería artística que perteneció á lord Clarendon, embajador que fué de Inglaterra en Madrid, se han vendido: en 13.000 francos, un retrato del célebre torero *Pepe-Hillo*, pintado por Goya; en 7.500 francos, un *San José*, de Murillo; y en 30.000 francos, el *Retrato de Torquemada*, de Velázquez.

***

PARÍS. – En el Palacio de la Bagatela se ha inaugurado una exposición de 300 retratos pintados durante el siglo pasado. Entre los cuadros expuestos figuran retratos de Luis Felipe, de Gounod, Girardin, el duque de Nemours, los condes de París, la reina Amelia, el duque de Orleáns, Sarah Bernardt, Napoleón III y Alejandro Dumas.

***

ROMA. – El maestro comopsitor Jenaro Napoli está componiendo una ópera cuyo asunto está tomado de la novela *Jacopo Ortis*, de Hugo Fóscolo.

Espectáculos. — BARCELONA. – En el Eldorado la compañía de la Comedia de Madrid ha estrenado con buen éxito: *La escondida senda*, comedia en dos actos de Serafín y Joaquín

Francisco Coppée,
fallecido en París en 23 de mayo último

Alvarez Quintero; y *Raffles*, comedia inglesa en cuatro actos, arreglada á la escena castellana por Gil Parrado.

Palau de la Música Catalana. Orfeó Català. – El día 22 de mayo dió esta benemérita sociedad coral un selecto concierto, en el que, además del famoso *Credo* de la Misa del papa Marcelo, de Palestrina, cantó las siguientes importantes obras: *La Mare de Deu* y *La mort de l'Escolá*, de Nicolau; *El cant de la Senyera* y *Pregaria á la Verge del Remey*, de Millet; *Els tres tambors* y *La barretina*, de Lambert; y *L'Encís*, obra premiada en la fiesta de la Música catalana, original del Rdo. don Mariano Viñas.

***

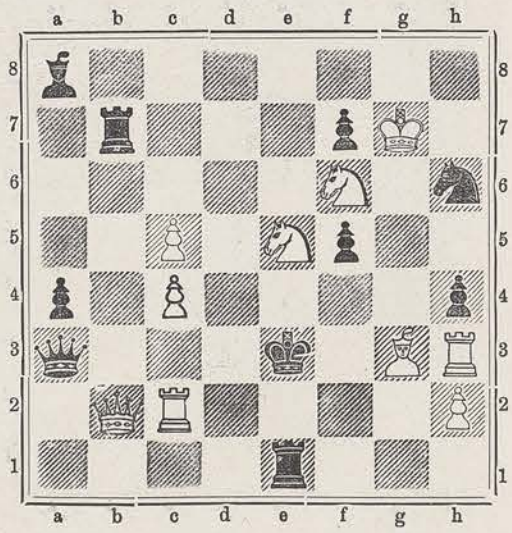
PARÍS. – La primera representación de la ópera rusa *Boris Godounoff*, de Moussorgski, en el teatro de la Gran Opera, ha constituído un verdadero acontecimiento musical y artístico.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 495, POR V. MARÍN

1.ª mención honorífica del concurso de «Illustracya Polska» 1902

NEGRAS (10 piezas)



BLANCAS (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 494, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. D a 1 – a 7	1. T b 6 × b 7
2. T f 3 – f 4	2. R e 5 × f 4 ú otra
3. A c 5 – e 3 ó C mate.	

VARIANTES.

1..... A b 8 × a 7; 2. C f 2 – d 3 jaq., etc.
T b 6 × b 5; 2. A c 5 – d 4 jaq., etc.
d 7 – d 6; 2. A c 5 – d 4 jaq., etc.
e 7 – e 6; 2. D a 7 × b 8 jaq., etc.
Otra jug.ª; 2. A c 5 – d 6 jaq., etc.

EL HEREDERO

Novela inglesa original de Sydney C. Grier.—Ilustraciones de G. P. Jacomb-Hood. R. I.

(continuación)

Mauricio, sujeto un brazo por la mano de un bandido que hacía á la vez de guía y de guarda

—Vendárnoslos, querrá decir, interrumpió Mauricio al ver que aquel hombre sacaba el pañuelo más sucio que habían los prisioneros visto en toda su vida.

—¡Ah, no, no!, exclamó Zoe sintiéndose desfallecer. De esa manera podrían llevarte á ti por un lado y á mí por otro sin que nos diéramos cuenta. Yo cerraré los ojos, haré lo que quieran, pero que no nos venden. Dígaselo usted, añadió dirigiéndose á Wylie. Ellos le atenderán.

—Tenga usted ánimo, dijo éste con severidad. Nunca hubiera yo creído que fuera usted histérica.

El reproche causó su efecto, y Zoe, oprimiéndose el pecho con ambas manos, pudo sofocar los sollozos prontos á estallar. Wylie se volvió hacia el intérprete.

—Vea usted, dijo, las señoras se han asustado. Si llegaran á creer que las iban á separar de su hermano, ya les darían á ustedes mucho que hacer. ¿Para qué quieren vendarles los ojos? Llevando ustedes los caballos del diestro, esas señoras no podrán huir.

—Ya se me ocurre un medio, dijo el intérprete alegremente.

Y se calló, pues no hallaba el modo de decirlo en inglés.

—Uno que vale el doble que lo otro, terminó diciendo aprisa.

Pidió á otro bandido la cuerda que traía á la cintura, cortó de ella un trozo no muy largo, amarró uno de sus extremos al cuello de Wylie y con el otro hizo una especie de presilla.

—La señora podrá pasar por aquí la mano, dijo riéndose.

—Perfectamente, repuso Wylie, conteniendo con una mirada la exclamación de horror próxima á escapársele á Zoe. Estamos en plena Edad media. ¿No es verdad, señorita Smith? Aquí van unas damas á caballo conduciendo á pie á unos caballeros cautivos. Felizmente para mí, no me han entregado á su hermana, pues en tal caso hubiera tenido ocasión de poder vengar sus agravios, estrangulándome... casualmente, por supuesto.

—¿Y usted lo permite?, preguntó airada Irene á Mauricio, viendo que Zoe, temblando de indignación, se dejaba vendar los ojos y que la sentaran en un caballo sin más silla que una manta.

—Lo que no puede evitarse, ha de aguantarse, respondió tranquilamente aquél. ¿Qué quiere usted que haga yo?

—Morir, exclamó con brío. Eso es lo que yo haría puesta en su lugar.

—Si usted verdaderamente lo desea, podré complacerla muy pronto. No tiene usted más que resistirse á que la venden ó á que la monten á caballo. Los bandidos querrán, como es natural, emplear la fuerza, y yo me veré en el caso de salir á su defensa. Por supuesto, teniendo las manos atadas, no he de poder hacer nada; pero sí creo que podré lograr que me maten. Estando aquí Wylie, él se cuidará de usted y de Zoe; así tendrá usted de mí un buen concepto.

—Usted dice eso para que yo no me resista, dijo incomodada Irene.

—Y bien, ¿le extraña á usted que yo prefiera vivir á morir?

—Ustedes los ingleses no tienen el sentimiento del honor. Pero soy injusta. Usted no es noble. ¿Por qué habría usted de preferir la muerte á la deshonra?

Al oirla, Mauricio se echó á reir involuntariamente, lo que molestó tanto á Irene, que se sometió en el acto, con tanta humildad como Zoe, á que le taparan los ojos y la subieran al caballo, sujetando á la muñeca el extremo de la cuerda con cierta feroz

satisfacción. Después de semejante humillación, no volvería á decir Zoe que Mauricio y Wylie eran sus iguales. Esta reflexión la dejó satisfecha y siguió ca balgando casi alegre, repasando en su mente todo lo hecho, que le pareció de perlas, lo cual es siempre un agradable entretenimiento. Mauricio, sujeto un brazo por la mano de un bandido que hacía á la vez de guía y de guarda, marchaba silencioso al lado de su caballo, cuya rienda llevaba otro de los de la partida. Detrás iban Zoe y Wylie en la misma forma escoltados; los demás bandoleros iban distribuídos en vanguardia y retaguardia. Sus pies, calzados con abarcas de piel de gamo, no producían ruido alguno al pisar las piedras del camino. El jefe había mandado que se guardara el más absoluto silencio; las patas de los caballos iban envueltas en trapos.

El corazón no le cabía en el pecho á Zoe. Las humillaciones por que habían hecho pasar á su hermano y á Wylie la habían herido en lo más vivo; sentía, por su causa, toda la indignación que ellos aparentaban no sentir. Lo más curioso del caso era que á veces veía lo ridículo de la situación, lo que la movía á risa; tan pronto tenía que contenerse para no dar gritos, como para no prorrumpir en estrepitosas carcajadas.

El contacto casual del hombro de Wylie con su rodilla, al tropezar con las desigualdades del camino, le servía de consuelo y la tranquilizaba, trayéndola al terreno de lo real y conocido, á pesar de las fantásticas incidencias en que se hallaba metida. Una ó dos veces alargó tímidamente la mano para tener la seguridad de que iba él allí, oyendo, como en contestación, alguna palabra en voz baja; aquella amistosa correspondencia le daba fuerzas para reprimir el ataque de histerismo, que tanto miedo le daba.

Ya parecía que llevaban muchas horas de viaje, cuando, después de bajar una cuesta muy pendiente, el intérprete les previno que iban á llegar á un río y que Mauricio y Wylie tenían que dejarse llevar á cuestas á la otra orilla. De común acuerdo, ambos hicieron presente que preferían vadearlo; pero él les manifestó que era tan grande el interés que el jefe se tomaba por la salud de sus cautivos, que de ningún modo quería que se expusieran á acatarrarse. Zoe, al oirlo, se echó á reir involuntariamente, dando un poco de expansión á su espíritu, si bien luego se avergonzó de la poca oportunidad de su risa. No le hizo ninguna gracia á Mauricio la proposición, y así lo decía entre dientes, mientras dos robustos mocetones le echaban mano y lo bajaban por un rápido declive, lo pasaban por el río y lo subían por la opuesta escarpada orilla; por lo que hace á Wylie, contestó oportunamente á la risa de Zoe:

—¿Le recuerda á usted esto los melodramas de Gilbert y Súllivan?, preguntóle cuando terminaron de transportarlo cruzando unos veinte pies de un torrente que debía ser impetuoso, á juzgar por los resbalones y traspiés de los que le llevaban cargado.

Los caballos lo pasaron con admirable aplomo y el viaje continuó por un camino que en general subía en vez de bajar. Ya entonces no tenía Zoe ganas de reirse. Sentía frío y cansancio, rigidez y malestar, y la acosaban horribles presentimientos. Si Wylie no hubiera estado tan cerca, habríase echado á llorar como un niño, sin importarle un ardite lo que dijeran los bandidos; pero no podía, en presencia suya, dejarse vencer por el desaliento, puesto que él confiaba en que sería valiente; por lo tanto, trató de olvidar lo dolorido de su cuerpo y de pensar únicamente en la aplicación literaria que más adelante había de dar á tan desagradables aventuras. Así era como solía con frecuencia consolarse de sus contrariedades, pero en aquella ocasión no le pareció el consuelo suficiente y exhaló un suspiro de abatimiento. El mero hecho material de ir montada en un caballo sin silla ni estribos, le parecía que era ya de por sí imposible de soportar. ¡Si pudiera dejarse caer al suelo y dormir!

—¡Animo!, le dijo Wylie en voz baja. Milosch, así se llama el intérprete, dice que queda poco que andar.

Una vez más hizo ella un esfuerzo para reanimarse y le contestó alegremente; al poco tiempo ya no tuvo necesidad de seguir sacando fuerzas de flaqueza. Un cambio perceptible en la calidad de los sonidos apagados que oía en torno suyo, le dieron á entender que entraban al caballo en algún edificio; cuando lo pararon se dejó caer al suelo sin poderlo remediar, provocando la risa de los bandidos, que aún duraba cuando Milosch le quitó el pañuelo de los ojos. Tan pronto como pudo distinguir dónde se hallaba, vióse acurrucada junto á una hoguera recién encendida en un soportal de piedras sin labrar. En el techo había una abertura cuadrada, á la que se llegaba por una escalera de mano; la intensa obscuridad que en lo alto se percibía indicaba que debía haber una especie de segundo piso. Irene, Mauricio y Wylie estaban de pie cerca de ella, al amor de la lumbre, y los bandoleros, ó estaban extendiendo las capas por el suelo, ó registrando sus morrales.

—Sube, ordenó Milosch cogiendo á Mauricio por un brazo y mostrándole la escalera. Nosotros somos gente caritativa; ya les daremos de comer cuando estén arriba, bien seguros.

—¿Cómo va á subir por esa escalera con las manos atadas?, exclamó indignada Zoe. ¿Por qué no se las desatan?

Milosch miró indeciso á su jefe, éste se encogió de hombros desdeñosamente; entonces les quitaron á todos las cuerdas, teniendo cuidado de no cortarlas.

—Mañana los volveremos á amarrar, dijo Milosch con su peculiar sonrisa de satisfacción.

Mauricio subió la escalera, las jóvenes le siguieron y Wylie cubrió la retaguardia, después de haberse detenido para recoger las mantas que habían servido de sillas de montar y de haber pedido prestados dos de los grandes capotes de los bandidos.

—Esto es un pajar, exclamó con acento de horror Zoe.

—Dispense usted, dijo Wylie, es un desván en que hay paja, lo que no deja de ser una suerte, pues así tendremos camas. Ya verá usted, señorita Smith. Mientras aguardamos á que nuestros amigos de abajo nos manden algo que cenar, separemos con una cortina aquel extremo del desván para usted y su hermana. Smith y yo nos quedaremos cerca de la entrada, de modo que si esos bandidos tratan de hacer alguna de las suyas durante la noche, tengan que despertarnos antes de llegar adonde ustedes estén.

Su acento era tan alegre y tranquilo, que Zoe se olvidó de su cansancio y de sus temores, y sostuvo la manta mientras él ataba una de sus puntas con el fleco á un clavo torcido que estaba clavado en el inclinado techo. El otro extremo de la improvisada cortina presentó mayores dificultades para asegurarlo, pues no había dónde atarlo, hasta que Zoe trajo una gruesa aguja de sombrero, que Wylie clavó en una hendedura con el tacón de la bota. A Irene no le pareció bien el empleo que le habían dado.

—Debió reservarse para más altos destinos, dijo. La mía me servirá de puñal.

—¿Era eso únicamente lo que tenía usted esta tarde en la mano?

—¿Para qué más? Pudiera haber hecho lo que dije; esto mata si se da con fuerza.

—¡Cuánto me hubiera alegrado de haberlo sabido!, murmuró Wylie con toda su alma. Vamos, señorita Smith, ya lo ve usted, su habitación está lista. Con la paja pueden ustedes arreglarse unos nidos de primera clase, y para cubrirse aquí tienen estos dos capotes. Por supuesto que esto no será muy lujoso, pero para una..., y se calló de pronto y cambió de asunto. Smith y yo tenemos esta otra manta, así es que lo pasaremos perfectamente. Esta noche me parece que vamos á dormir sin temor á que nos despierten las sacudidas.

—Pero ¿no podríamos escaparnos mientras los bandidos estén durmiendo?, preguntó Mauricio bajando la voz.

—Difícilmente, pues es casi seguro que quitarán la escalera, y á nada conduciría que nos dejáramos caer en medio de ellos. Ya ve usted que tienen el fuego encendido.

—¿No podríamos, dijo Zoe pensativa, abrir un agujero en el techo y salirnos por él?

—Desgraciadamente han colocado centinelas en derredor, dijo Wylie. Yo oí al jefe cuando los estaba situando. La única probabilidad que habría sería sobornar á uno de ellos, pero no tenemos con qué.

—Si no me hubieran ustedes robado esta tarde mis joyas, no nos veríamos ahora tan sin recursos, dijo Irene riéndose.

—Voy á arrepentirme de no haber dejado que la registraran á usted tal como acostumbran á hacerlo en los Balkanes, murmuró Wylie.

—Vamos, Irene, dijo Mauricio con tono de hermano mayor. Dejemos eso. Si es usted hermana nuestra, tendrá que amoldarse á las circunstancias y no molestar á nuestros amigos. Esta tarde se portó usted con muy poco juicio y pudo poner en peligro nuestras vidas; debiera usted darle las gracias á Wylie por lo que hizo. Todos estamos embarcados en la misma nave, y seríamos unos necios si siguiéramos riñendo de esta suerte. Wylie es un veterano avezado á la guerra. Zoe y yo, con mucho gusto, nos ponemos á sus órdenes, y usted debe hacer otro tanto, gústele ó no le guste.

Creyó que Irene iba á protestar con altivez, pero sin duda su tono autoritario la intimidó.

—No saben ustedes lo que eran para mí esas joyas, dijo como disculpándose. Eran toda mi fortuna, las pruebas de mis heredados derechos, ¡y las he perdido! Pero no teman ustedes. Todos recibirán con el tiempo el testimonio de mi agradecimiento. No le guardo al capitán Wylie ningún rencor por su exceso de celo.

—Mucho lo agradezco, créalo usted, dijo entre dientes Wylie mirando á Irene como si le supusiera algún tanto trastornado el juicio.

Zoe se apresuró á decir:

—Cuando habla usted de esa manera, Irene, me recuerda siempre á D. Quijote repartiendo ínsulas. ¿No le parece á usted, capitán Wylie, que no está bien que extienda de ese modo su protección á Mauricio y á mí?

Antes de que éste pudiera contestar llegó Milosch, que subió la escalera trayendo unos cuantos pedazos de pan negro, de queso muy duro y una bota con agua.

—¿No es verdad que somos caritativos?, preguntó con cierto orgullo. Les damos nuestras propias provisiones.

—Todo esto está muy bien, dijo Mauricio mirando por la abertura cuando volvió á bajar el mandadero. Se están comiendo el pan blanco y todo lo demás que dejamos en el cesto de las provisiones.

—¿Cómo vamos á poder comer esto?, preguntó desconsolada Zoe, pues así el pan como el queso estaban como piedras.

—Pídales un poco de pan blanco para las señoras, dijo Wylie.

Mauricio, que estaba sentado en el suelo junto á la abertura, obedeció, mas no obtuvo otra contestación que la siguiente:

—Ustedes son nuestros huéspedes y les hemos dado de lo mismo que comemos.

No queriendo aumentar la repugnancia que á las jóvenes inspiraban aquellos comestibles, Mauricio se abstuvo prudentemente de decir que él había visto cómo los habían ido sacando de varios morrales de los bandidos, donde habían estado en íntimo contacto con cera, tabaco, hilo, cuero para echar suelas á las abarcas, trapos para limpiar los fusiles y otras cosas de gran utilidad; por el contrario, lo que hizo fué romper un pedazo de pan golpeándole contra el techo, y después de probarlo, afirmó que no era del todo malo para quien tuviera hambre.

Irene confesó que había probado antes el pan negro, cuando visitaba las chozas de los labriegos; pero añadió desdeñosamente que nunca había creído que llegara el caso de que se lo dieran por toda comida. Sin embargo, como no había otra cosa, todos se las arreglaron para roer un pedazo, y después las jóvenes, que ya estaban muertas de sueño, se retiraron detrás de la cortina. Al poco tiempo dormían tranquilamente, sin que las molestaran los sonoros ronquidos que se oían abajo, y que eran prueba de que, por muy cargada que estuviera la conciencia colectiva de los bandidos, no lo estaba lo bastante para tenerlos despiertos.

Parecióles á Zoe y á Irene que apenas hacía un momento que se habían dormido, cuando oyeron la voz de Mauricio advirtiéndoles que era hora de levantarse; una á otra se miraron acongojadas al ver, á la luz que penetraba por los agujeros del techo, que tenían las caras macilentas y el cabello lleno de paja.

—Me parece que podremos peinarnos sin necesidad de espejo, dijo Zoe. ¿Cree usted que habrá agua caliente?

Era la pregunta tan extemporánea, que no le sorprendió el que Mauricio, desde el otro lado de la cortina, le contestara con una carcajada.

—Hay un arroyo allá abajo, dijo después, y se les permite que se laven la cara y las manos en él. Han tenido ustedes mucha suerte en que les hayan dejado los cepillos de dientes. Wylie y yo tenemos que usar unas ramitas, como hacen los pobres indios.

—No creía yo que los bandidos usaran esos cepillos, dijo Zoe.

—Para la dentadura no, pero sí para limpiar fusiles; yo mismo los he visto. Así es que agradézcanselo y no hagan ascos al agua fría. Hasta puedo proporcionarles jabón, porque Milosch acaba de prestarme un pedazo del mismo que traíamos, encargándome mucho que se lo devuelva y alabándose de su desprendimiento.

—Me parece que el estimable Sr. Milosch es una calamidad, dijo Zoe alegremente sacudiéndose la paja de la falda. No bajes, Mauricio, hasta que no te haya vuelto á vendar la cabeza. Quiero hacerlo ahora bien á la luz del día.

—Vista la falta que aquí hay de agua y luz, ¿no sería mejor hacerlo abajo?, indicó Mauricio.

Y conviniendo en ello Zoe, muy pronto se vieron blanco de la curiosidad de los bandoleros. Esta publicidad tuvo sus ventajas, porque muy pronto pudo ella reconocer al que le había correspondido su bo-

tiquín, y aunque con alguna dificultad, pudo conseguir, por medio de Milosch, que se lo devolviera interinamente. Mientras el intérprete se pavoneaba, encareciendo en alta voz á los prisioneros la magnanimidad de sus raptores, que les proveían de material quirúrgico, ella cortó el pelo alrededor de la herida de Mauricio, unió sus bordes con tiras de tafetán inglés y le puso por corona un vendaje que parecía un turbante y que causó gran admiración á los espectadores. Tan pronto como hubo terminado, le trajeron á uno de los bandidos que había sido herido en el último y desesperado combate con Haji Ahmad, y por medio de Milosch le manifestaron que aquél también necesitaba de sus conocimientos médicos.

—No toque usted á ese puerco, dijo Wylie. Yo lo curaré, que demasiado bien quedará para quien es él. No merece que ponga usted en él las manos.

—¡Ah! No, yo lo haré, dijo Zoe con visible repugnancia, pues el aspecto del herido no era de los que atraen. Hasta ahora no había comprendido cuán difícil es ser buena cristiana, dijo con voz apagada cuando, terminada su tarea, uno de los bandidos le presentó un tosco recipiente de cuero lleno de agua para que se lavara las manos.

—No creo que en la práctica exija el Cristianismo que se vaya tan allá, dijo Wylie secamente.

En esto el jefe llamó con la mano á Zoe.

—Stoyan ze Voivoda, dice: «Aquí la muchacha,» explicó Milosch.

Zoe titubeó. El jefe le alargaba un pedazo de chocolate del mismo que ella había traído, tratando al propio tiempo de sonreirse; después de sostener una lucha consigo misma, Zoe se adelantó y lo cogió. Mejor le supo que el pan negro y el queso duro.

—Vean ustedes la munificencia de nuestro autócrata, exclamó Milosch adoptando una actitud de respetuosa admiración. Hasta regala dulces á sus huéspedes.

—Vamos, cállese, Milosch, dijo en tono de súplica Mauricio; se va haciendo usted insufrible. Si tiene en cuenta que todo era nuestro, verá que sería de mucho mejor gusto no hablar ni una palabra más sobre ese punto.

Milosch se sonrió poco satisfecho y se acercó á Stoyan para decirle algo en voz baja; muy pronto volvió al lado de los prisioneros, que dulcificaban su triste suerte comiendo algunos pedazos de chocolate.

—Ze Voivoda manifiesta que no les mandará atar las manos hoy si dan su palabra de caballeros de no tratar de escaparse, dijo á Mauricio y á Wylie. Vamos á entrar por unas montañas en donde las mujeres tendrán que ir á pie y han de necesitar de su ayuda.

—¿Para tratar de escaparse?, dijo Zoe. ¡Ah! Me parece que bien lo podemos prometer. ¿No es verdad?

—No, no, dijo con energía Irene. Eso es un engaño, un lazo que nos tienden. Tengo la seguridad. Sin duda alguna el camino será bueno y atravesará por poblados, donde excitaría sospechas el vernos amarrados. Esos bandidos querrán hacernos pasar por turistas á quienes van acompañando como guías. Por supuesto, sería atarse de pies y manos si prometieran semejante cosa.

—Realmente, parece que haríamos un disparate, asintió Mauricio. ¿Qué opina usted, Wylie? Mucho nos habría de pesar si luego no pudiéramos aprovechar alguna ocasión que se presentara de huir.

—Confieso ingenuamente que no alcanzo á comprender cómo se nos ha de presentar ocasión de escaparnos, llevando en nuestra compañía á dos señoras y estando en un país que no conocemos y los bandidos sí, dijo Wylie. Ni los mismos héroes de novela que la señorita Smith imagina, podrían hacer tal cosa. Pero no vayan ustedes á creer que esto lo digo por evitarme las penalidades que pudieran corresponderme.

—Pues bien: tomemos un término medio, dijo Mauricio, y neguémonos á dar nuestra palabra hasta que veamos qué clase de camino sea el que vamos á llevar. Si resulta demasiado malo para estas jóvenes, siempre tendremos tiempo de pedir que nos desaten.

—Los dos son ustedes unos tontos, dijo sarcásticamente Milosch cuando hubo oído su determinación. Puesto que rechazan lo que les ofrecemos, la severidad aumentará.

Muy pronto comprendieron el sentido de aquel sibilítico vaticinio, pues los bandidos, ofendidos de su negativa, les amarraron á los dos los brazos á la espalda con tanta fuerza, que las cuerdas les penetraban en la carne. Wylie se reía torvamente.

—Puesto que hemos optado por que nos ataran, no podemos quejarnos de que lo hagan, dijo. No quisiera ser exigente, señorita Smith; pero cuanto más pronto encuentre usted que el camino es impracticable, tanto más me agradará.

Hubo que aguardar algún tiempo antes de emprender la marcha, mientras dos de los bandidos, comisionados para el caso, aventaban las cenizas de la hoguera y borraban todas las huellas de su paso y los demás preparaban sus bagajes y se quejaban amargamente los que tuvieron que cargar con las mantas, que los prisioneros, como era evidente, no podían llevar. Púsose en camino el cortejo, llevando á los cautivos en medio, calladas las jóvenes y asustadas por el mal resultado que había tenido la proposición de Irene.

VIII

HISTORIA DE UNA JORNADA

La ingeniosa idea de Irene resultó ser una gran equivocación. Bien claro se vió en cuanto dejaron atrás el pequeño espacio despejado en que estaba el aprisco, y en verdad que no la hubieran ni por un solo momento aceptado si la noche anterior hubieran podido los prisioneros ver el camino que llevaban y la naturaleza del terreno por donde iban. Muy lejos de ser bueno y de cruzar por pueblecillos, era simplemente una senda de cabras que penetraba en el corazón de las montañas. Para los ágiles bandoleros, que llevaban flexibles abarcas, no ofrecía grandes dificultades; pero estaba lleno de peligros para los inexpertos cautivos que por él subían con botas. Al principio, Zoe é Irene retrocedían nerviosas ante las cortaduras del camino ó al tener que dar vuelta á un peñasco por una estrecha cornisa; pero las maldiciones y amenazas con que era acogida la menor vacilación las hacía seguir adelante, ciegas de terror.

Los bandidos eran peores todavía que las montañas. Comprendiendo que Mauricio y Wylie en nada podrían ayudarlas, las jóvenes tuvieron la firmeza suficiente para no apelar á ellos ni aun con la mirada, viéndoles subir penosamente, tropezando aquí y allá, con los brazos torturados por las cuerdas. No solamente maldiciones, sino también golpes llovían sobre ellos cada vez que les faltaban los pies; pero lo que más les dolía era el modo como trataban á las jóvenes. Por último, cuando Zoe hubo resbalado y por poco se cae y el bandido más próximo la agarró con sus brutales garras y la sacudió fuertemente, Wylie no pudo contenerse más tiempo.

—Smith, tenemos que dar nuestra palabra, dijo en voz alta á Mauricio. Sus hermanas no pueden seguir solas. Oiga, intérprete, dígales usted que prometemos no tratar de escaparnos.

Hízose alto y se entabló una larga discusión entre los bandoleros. Veíase claramente que querían que Mauricio y Wylie sufrieran hasta el fin las consecuencias de su negativa; pero los que llevaban las mantas se opusieron, lo mismo que los dos que estaban encargados de cuidar de las jóvenes. No era razonable, decían con mucha razón, que tuvieran que ocuparse de unas mujeres que tantas molestias daban y además de sus paquetes, siendo así que esa faena correspondía á sus protectores naturales. Estos argumentos al fin convencieron á los demás. Mientras Milosch pronunciaba un discurso encomiando la bondad sin límites de los bandidos, que permitían á los prisioneros volver sobre su acuerdo, el jefe cortó con su cuchillo las cuerdas y ordenó que inmediatamente se pusieran en marcha. Wylie, frotándose las doloridas muñecas, se acercó á Zoe.

—Tal vez le hayamos nosotras estorbado el escaparse, dijo ésta con acento pesaroso.

—Nada de eso. Por lo menos, si es que ve usted alguna probabilidad de huir por esas horribles montañas, lo que es yo no la veo. Tome usted mi brazo. ¿Quiere usted? El camino tiene aquí anchura suficiente. ¡Ah! ¿Qué es eso?, añadió viendo que la joven tenía los ojos llenos de lágrimas. Por favor, no llore usted. ¿Está usted ya cansada?

—No, no es eso, siguió diciendo con palabras entrecortadas; es que veo cómo á usted... y á Mauricio los golpean..., ¡y no... poder... hacer nada!.. ¡Aborrezco el ser mujer!

—Vamos, figúrese usted que está en campaña, subiendo la cordillera del Afghanistán.

—¿Cuando el desastre de Khoord Cabul?, preguntó con melancólica sonrisa.

—¡Qué recuerdo tan triste evoca usted! Pero después de todo, los prisioneros en aquella ocasión fueron rescatados; eso es un buen agüero. Bien, así se hace, añadió al dar ella un tropezón y agarrarse á su brazo. No haga usted que nuestra abnegación sea estéril. Me temo que su hermana no me ha perdonado todavía. Hace un momento, se negó tan resueltamente á aceptar mi ayuda, que no tuve otro remedio que dejársela á su hermano de usted.

—Tiene, respecto al honor, ideas algo exageradas, dijo Zoe titubeando un poco, y me parece que creía que no aconsejaba usted bien á Mauricio. Usted fué quien propuso dar la palabra de honor, y yo supongo que eso le ha hecho desmerecer en su concepto.

—Bueno, después de todo, es una falta disculpable el tener demasiado vivo el sentimiento del honor. Nostros los ingleses somos, sin duda, demasiado inclinados á creer que toda transacción es buena. Su hermana de usted será una mujer cabal cuando haya suavizado sus asperezas, aunque siga sosteniendo las mismas ideas.

—Pero no se aferra á ellas cuando se trata de pequeñeces, dijo involuntariamente Zoe. ¡Ah, no debí decirlo!, exclamó contrariada, comprendiendo que sus palabras habían de sentar mal á Wylie, dado su modo de pensar. Vea usted, la han educado de un modo tan distinto al nuestro, que siempre nos está causando sorpresas.

—¿Ha sido una experiencia que han querido ustedes hacer el haberla traído á esta excursión? Coja usted mi mano para pasar por aquí. Quiero decir que hay personas muy tratables mientras todo marcha bien y tienen cuanto se les antoja, pero á quienes las contrariedades ó disgustos de cualquier clase crispan y erizan. Por supuesto, lo que le hace falta es que la zarandeen un poco; ya verán luego la diferencia, añadió apresuradamente.

—No puedo entrar en explicaciones minuciosas, dijo Zoe algo cortada; pero nos pareció que lo mejor que podíamos hacer era traerla con nosotros. Estoy segura de que ella trata de ser para nosotros una verdadera hermana. Sólo que no acaba de comprender ciertas cosas. Además, todos aquí hemos de salir juntos adelante ó desaparecer juntos.

—Perfectamente, y espero que se me considere, en ese sentido, como un hermano también. No se habían de escapar todos ustedes dejándome en manos de estos caballeros. ¿No es cierto?

—¿Cree usted que eso pudiera suceder?, preguntó indignada Zoe. Tampoco veo yo que haya probabilidades de escaparnos sin su ayuda. Ahora bien, añadió bajando la voz, ¿por qué cambió usted tan pronto de modo de pensar respecto á nuestra liberación? Primeramente, dijo usted más de una vez que sólo estaríamos prisioneros una noche; pero cuando llegamos al cobertizo usted se detuvo á la mitad de lo que iba á decir, como si de pronto se acordara de algo, y desde entonces no ha vuelto usted á hacer más profecías.

—No fué que me acordara de nada, sino que caí en algo, dijo Wylie pasando la manta del brazo al hombro para amortiguar el ruido de sus palabras. Cuando esperaba que hoy nos rescatarían, era porque creía que no saldríamos del triángulo que forman el camino, el ferrocarril y el río en el que fuimos cogidos. Al no llegar nosotros anoche, los que nos estaban aguardando al otro lado del río habían forzosamente de preguntar por telégrafo si habíamos salido, y al contestarles que sí, tenían que comprender que algo nos había sucedido en el camino. Hay á corta distancia bastantes soldados y gendarmes para escudriñar por completo todo el triángulo, recorriendo desde la carretera y la línea férrea hasta el río, y de fijo tendrían que dar con nosotros.

—¿Y fué después de haber pasado el río cuando usted comprendió que ya no estábamos en el triángulo? Pues yo creía que el país, hacia el Sur, estaba mucho más pacificado. ¿Nos llevarán realmente los bandoleros hacia esa parte?

—En eso cabalmente está su ardid. ¿Creyó usted que era de veras el río lo que cruzamos anoche, sin más anchura que unos veinte pies y con tan poca agua que se le pudo vadear?

—¿Pues qué otra cosa podía ser sino un río? Si no fué eso, aún estamos dentro del triángulo.

—No fué una corriente de agua; fué la línea férrea.

—¡Ah!, exclamó Zoe palideciendo. ¿Cómo lo sabe usted?, añadió.

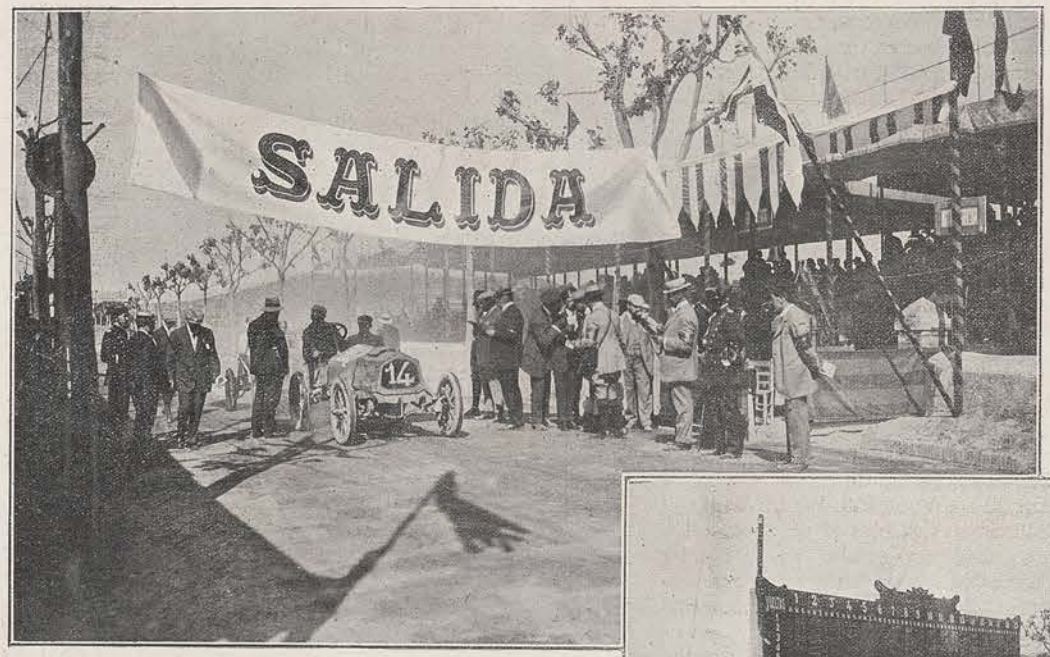
—¿No se fijó usted en que no se oyó ruido de agua? Era de esperar que hubiera habido mucha, dada la manera de tropezar los bandidos, como si la corriente fuera impetuosa y el piso desigual. Eso me chocó y me puse á escuchar con cuidado. Si los hombres que me llevaban á cuestas hubieran traído botas, hubiera oído el rechinar de las piedras al pisar el casquijo ó el tropezar con los rieles; pero como llevaban abarcas, no hacían ruido. Pero sí noté que por cuatro veces levantaron los pies, como para evitar el tropezar con algo, y calculando la longitud de sus pasos, comprendí que lo habían hecho justamente en los sitios donde debían estar los rieles. De ese modo quedé convencido.

—En ese caso, ¿no hay que tener esperanzas de que pronto nos liberten?

(Se continuará.)

CARRERA INTERNACIONAL DE «VOITURETTES.» COPA «CATALUNYA»

Merced al incansable celo y acertada dirección del Comité Organizador del concurso, y á las medidas tomadas por las autoridades para garantir la seguridad y el orden en las carreteras afluyentes al circuito, y aun en este mismo, la carrera de *voiturettes,* celebrada el día 28 de mayo en el Bajo Panadés (Barcelona), ha tenido un éxito superior, en cuanto á los automovilistas que han tomado parte en la misma y en cuanto al público que ha acudido á presenciarla, al que esperaban, así la prensa profesional deportiva, como la diaria de nuestra capital, del llamamiento lanzado desde sus respectivas columnas.



Salida de la *voiturette* n.° 14 de la estación de partida en el cercado del Vinyet (Sitjes). (De fotografía de A. Merletti.)

El circuito designado está formado por las siguientes carreteras: 1.ª, de Sitjes á Igualada, kms. 56 al 45; 2.ª, de Cañellas á Villanueva, kms. 1 al 7; 3.ª, de Barcelona á Santa Cruz de Calafell, kms. 46 al 38, quedando enclavadas en dicho circuito las villas de Sitjes, San Pedro de Ribas, Cañellas (derecha) y Villanueva y Geltrú, siendo su desarrollo de 27 kms. 885 metros, debiendo los corredores verificarlo 9 veces, y resultando el recorrido total de 250 kms. 965 metros.

Los coches inscritos, su número de orden para la salida y el nombre de sus conductores, eran los siguientes: n.° 1, Peugeot I, F. S. Abadal; n.° 2, Abadal y Compañía I, M. Durtal; n.° 3, Peugeot IV, N. Guipponne; n.° 4, Alcyón I, M. Artemán; n.° 5, Poa I, Pedro Romeu; n.° 6, Doriat Flandrin I, Alex Chisser; n.° 7, Werner II, R. Alvarez; n.° 8, Gregoire II, J. Marsans; n.° 9, Dion Boutón I, C. Soubirán; n.° 10, Werner I, M. Garriga; n.° 11, Fouillarón I, Grillet; n.° 12, Gregoire I, A. Chassaigne; n.° 13, Le Gui I, G. Hamilton; n.° 14, Dion Boutón II, A. Brusalles; n.° 15, Peugeot III, P. Rodríguez; n.° 16, Peugeot II, E. Ráfols; n.° 17, Gregoire III, Luis Doubruy; n.° 18, Dion Boutón III, N. Dupont; n.° 19, Peugeot V, N. Boillot.

Junto al santuario del Vinyet, en las cercanías de Sitjes, la más hermosa villa de la costa mediterránea barcelonesa, se había levantado previamente dos tribunas, de más de setenta metros de extensión cada una, cómodas y de elegante construcción, que estaban ocupadas, lo mismo que los cincuenta palcos fronteros á ellas y la gran copia de sillas colocadas en el cercado, por distinguidísimo y numeroso concurso de elegantes damas, vestidas de variedad de colores de tonos claros, y otro muy superior de caballeros de la buena sociedad barcelonesa, que habían acudido á la fiesta, unos en lujosos automóviles, otros en los vapores, vaporcitos y balandros que zarparon de nuestro puerto en dirección á Sitjes, y los más en los trenes especiales y ordinarios de las líneas ferrocarrileras que por allí pasan.

En el mencionado cercado estaban instaladas las casetas de servicio, otras para estafetas de correos y telégrafos, las tribunas para el jurado, el restaurant, y la caseta de los cronometradores y comisarios, unida ésta por un hilo telefónico con el personal encargado de la enorme pizarra instalada para que el público conociera los tiempos de cada vuelta.

Para protección del público en las aglomeraciones, se habían colocado á cada lado de la carretera barreras á una distancia de las casas suficiente para permitir á sus habitantes que saliesen de ellas. Además, en los puntos peligrosos para los corredores, como revueltas, obstáculos, etc., se habían colocado postes en los que, pintadas de blanco sobre fondo azul, se hallaban marcadas las señales.

A las ocho menos tres minutos, una hora después de haber recorrido el circuito los coches pilotos apostados en los puntos designados de antemano, salió la *voiturette* n.° 1, á la que siguieron las demás con intervalos de un minuto, á excepción de las números 2, 7, 9 y 13, que no se presentaron. Además, de las quince concurrentes, sólo once terminaron la carrera.

La *voiturette* n.° 1 efectuó el recorrido en 4 horas 56 minutos 23 segundos; la n.° 3, en 4 horas 23 minutos 30 segundos; la n.° 4 se retiró después de la cuarta vuelta; la n.° 5 hizo lo propio, por accidente, al dar la quinta; la n.° 6 renunció á la carrera, por avería, en la primera vuelta; la n.° 8 efectuó el recorrido en 5 horas 7 minutos; la n.° 10, en 5 horas 27 minutos 1 segundo; la n.° 11, en 5 horas 5 minutos 31 segundos; la n.° 12, en 4 horas 59 minutos; la n.° 14, en 4 horas 31 minutos 7 segundos; la n.° 15, en 4 horas 34 minutos 50 segundos; la n.° 16, en 5 horas 5 segundos; la n.° 17 se retiró, por avería, al dar la tercera vuelta; la n.° 18 empleó en el recorrido 4 horas 57 minutos 13 segundos; y la n.° 19, 5 horas 3 minutos 24 segundos.

Pizarra instalada en el cercado del Vinyet (Sitjes) para que el público pudiese conocer los tiempos de cada vuelta. (De fotografía de A. Merletti.)

M. Guippone, vencedor en la carrera del circuito del Bajo Panadés, en su *voiturette* Peugeot IV. (De fotografía de A. Merletti)

Obtuvieron, por tanto, los premios: la Peugeot IV, que tripulaba el señor N. Guippone, la copa de S. M. el rey, la copa «Catalunya,» la copa de Regularidad, 5.000 pesetas y una medalla de oro; la Dion Boutón, del Sr. A. Brusalles, la copa de Su Alteza la infanta Isabel, 3.000 pesetas y una medalla de plata; la Peugeot III, del Sr. Rodríguez, la copa del príncipe D. Carlos, 2.000 pesetas y una medalla de plata; la Dion Boutón III, del Sr. N. Dupont, el objeto de arte del Sr. Ráfols, 1.000 pesetas y medalla de plata.

Además la casa Klein había concedido cuatro premios en metálico para los corredores que llegaran los primeros sobre sus neumáticos; la casa Bergougnán y C.ª, de Clermont-Ferrand, tres á los que llegaran sobre neumáticos «Le Gaulois;» y la Sociedad Continental, tres á los que llegaran sobre los suyos.—S.

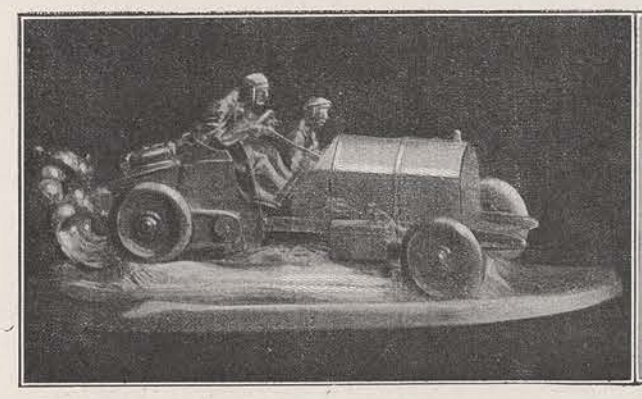
PREMIOS DEL CONCURSO DE «VOITURETTES»—CIRCUITO DEL BAJO PANADÉS

Copa de S. M. el Rey D. Alfonso XIII (premio especial.)

Copa «Catalunya» (primer premio) ofrecida por dos deportistas barceloneses.

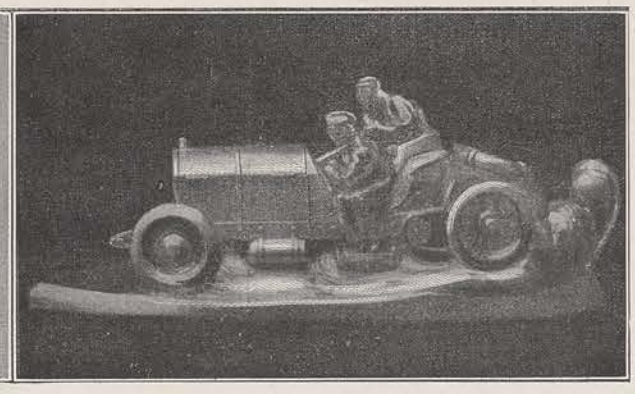
Copa de S. A. R. la Infanta D.ª Isabel (segundo premio.)

Copa de S. A. R. el Príncipe D. Carlos (tercer premio.)



Objeto de arte (cuarto premio), ofrecido por D. Juan Ráfols.

Copa de Regularidad, ofrecida por S. E. el Capitán General de Cataluña



Objeto de arte (cuarto premio), ofrecido por D. Juan Ráfols.

Pocas manifestaciones deportivas, aun revistiendo la importancia de la que dejamos descrita en la página anterior, se han visto dotadas de tantos y tan valiosos premios. Las cinco copas y el objeto de arte que en la presente página reproducimos son por su valer artístico y por su valor material recompensas que sobradamente han tenido que satisfacer á los corredores automovilistas del circuito del Bajo Panadés. La copa de S. M. el rey estaba destinada al corredor que cubriese las cuatro vueltas completas, 111 540 metros, en menos tiempo. Al premio de la copa *Catalunya* iban asignadas además 5.000 pesetas (premio Barcelona) y una medalla de oro ofrecida por «El Mundo Deportivo.» El segundo y tercer premios, además de las copas correspondientes, consistían respectivamente en 3.000 y 2.000 pesetas y sendas medallas de plata, ofrecidas las cantidades, para el segundo, por la Diputación provincial de Barcelona, para el tercero por las Sociedades de Recreo y deportivas, y las medallas, para ambos, por el Sr. D. Juan Macaya. Completaban el cuarto premio 1.000 pesetas, ofrecidas por el Real Automóvil Club de España, y una medalla de plata, por el Club Deportivo. La copa de Regularidad, ofrecida por el capitán general de Cataluña, debía otorgarse al representante en España ó á la casa constructora del equipo vencedor.

Data de 1849 — PUREZA DEL CUTIS — París
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Póne y conserva el cútis limpio y terso
Casa CANDÈS — Bd St-Denis, 16

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

Todas las parisienses elegantes emplean la

Crema de Siva
que conserva á la piel su frescura y su aterciopelamiento, que evita las arrugas y las manchas de rojez, y que proteje al cutis contra las influencias atmosféricas.
COMPAÑÍA DE LOS PERFUMES ORIENTALES
57, rue St. Lazare, PARIS
DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS PERFUMERÍAS
Depositario en España
PÉREZ, MARTÍN, VELASCO Y C.ª—MADRID

PECHO IDEAL
Desarrollo – Belleza – Dureza
de los PECHOS en dos meses con las Píldoras Orientales,
únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. J. RATIÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Verdeau, PARIS. Un frasco se remite por correo, enviando 7'50 pesetas en libranzas ó sellos á Cebrián y C.ª, Puertaferrisa, 18, Barcelona. De venta en Madrid: Farmacia Gayoso, Arenal, 2. En Barcelona: Farmacia Moderna, Hospital, 2.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fia G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE
Escrófulas, etc.

DEPÓSITO. BLANCARD & Cie, 40, R. Bonaparte, Paris.

INFLUENZA ★ RACHITIS
ANEMIA VINO CLOROSIS
AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & Cia, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

PARÍS

MONUMENTO Á MARAT

El monumento que adjunto reproducimos es una hermosa obra de arte, como lo son todas las creaciones artísticas que despiertan honda emoción en quien las contempla. La figura del terrible convencional, del hombre sanguinario que aconsejaba la matanza de «doscientos setenta mil partidarios del antiguo régimen,» se nos presenta en toda su horrible realidad; en su rostro márcanse por modo admirable todos los rasgos de la más inhumana fiereza, de la más implacable impasibilidad ante el derramamiento de sangre; tiene en la mano la pluma con que escribió aquellas mismas acusaciones que llevaron á la guillotina á tantos desdichados, y en su actitud tranquila parece adivinarse la complacencia del que sabe que sus feroces instintos han de verse satisfechos.

El artista ha conquistado con esta escultura un título de gloria; pero hay que confesar que los que al erigir este monumento se propusieron enaltecer la memoria de Marat, no han logrado lo que deseaban; ante esa imagen, nadie sentirá admiración ni respeto, sino más bien miedo y repulsión.

París.—Monumento erigido á la memoria de Marat en el parque de las Buttes-Chaumont. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

BARCELONA SELECTA. GRAN ANUARIO ILUSTRADO. AÑO I. 1908. – Cuanto pueda interesar al que desee conocer en todos sus aspectos la vida barcelonesa, hállase en ese libro: artes, literatura, industria, política, comercio, trato social, deportes, teatros, prensa, propiedad, corporaciones, etc., todo tiene su capítulo especial escrito por reputados literatos. Además contiene multitud de datos y noticias útiles y va ilustrado con numerosos grabados y planos. Ha sido editado en Barcelona por los señores D. Angel Remigio Rodríguez y don Manuel Misas, y forma un tomo de más de 500 páginas lujosamente encuadernado.

MANUAL DEL AJEDRECISTA, por *Martín Ricart*. (Segunda edición). – Obra utilísima, no sólo para los principiantes, sino también para los buenos jugadores, por el sinnúmero de casos prácticos que en ella se incluyen. Contiene un capítulo especial de gambitos y contragambitos y una copia exacta de las grandes partidas que se han jugado en el siglo XIX. Un tomo de 88 páginas, editado en Barcelona por don Francisco Puig; precio, dos pesetas.

ANTOLOGÍA TAURINA. – Un tomo que forma parte de la «Colección Diamante,» editada en Barcelona por Antonio López, y que contiene algunos sonetos y romances taurinos de varios autores, recopilados por el revistero M. Moliné (*Caricias*). Precio, dos reales.

VÉRTIGO EN ALTURA, por *Justo González Hervás*. – En esta novela, el interés de la acción se enlaza íntimamente con el problema social que la obra entraña y que el autor plantea y resuelve con valentía y sinceridad y desenvuelve en estilo, ora rudo, ora impetuoso ó plácido, según la índole de las escenas que describe, pero siempre dentro de un alto espíritu de verdad. El libro lleva un bellísimo prólogo del notable escritor D. José Francés; ha sido editado en Madrid por D. Gregorio Pueyo, y se vende á dos pesetas.

DEL OÍDO Á LA PLUMA, por *Francisco Rodríguez Marín*. – Forma esta obra parte de la «Biblioteca Patria» que se publica en Madrid y que con tanto éxito se dedica á la publicación de libros que respondan al propósito de moralizar la novela y depurar el gusto del público, por desgracia muy pervertido por cierta clase de literatura. Contiene diez y ocho bellísimas narraciones del ilustre académico, cuyo nombre es la mejor garantía de la bondad de sus trabajos. Precio, una peseta.

EN POUDOR, por *Carlos de Fortuny*. – Interesante y bien escrita novela de costumbres barcelonesas, que es á la vez una vigorosa sátira contra ciertas clases de la sociedad. Un tomo de 278 páginas, publicado en Barcelona por la «Biblioteca Joventut,» que se vende á tres pesetas.

Primera Dentición

JARABE DELABARRE

Facilita la salida de los dientes y previene todos los Accidentes de la Dentición.

Exíjanse el Nombre de Delabarre y el Sello de la "Union des Fabricants".

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN

y todas Affecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO

MEDALLAS ORO y PLATA.

MARCA DE FABRICA REGISTRADA.

PARIS, 102, Rue Richelieu.– Todas Farmacias.

Las Personas que conocen las

PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las ***Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,*** de los ***Reumatismos, Dolores, Lumbagos,*** etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE HEMOSTATICA Se receta contra los ***Flujos,*** la ***Clorosis,*** la ***Anemia,*** el ***Apocamiento,*** las ***Enfermedades*** del ***pecho*** y de los ***intestinos,*** los ***Esputos*** de ***sangre,*** los ***Catarros,*** la ***Disenteria,*** etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN